

San Rafael Arnaiz Barón



ÍNDICE

	PÁGINA
Navidades 2022-2023	
<i>La Dirección</i>	3
Navidad y poesía en San Rafael Arnaiz	
<i>Fernando Caballero Chacón</i>	4
Para Rafael la cruz es risa de Dios	
<i>Mons. Juan Antonio Martínez Camino</i>	9
Rafael. Vivió heroicamente las tres virtudes teologales	
<i>J. V. M. C.</i>	12
Pautas para un retiro con san Rafael Arnaiz	
<i>Avelino Toledano, Pbro.</i>	15
Un joven místico en los altares	
<i>Íñigo Castellano Barón</i>	21
Algunas sugerencias para la práctica diaria de la meditación con el Hermano Rafael	
<i>Javier Onrubia Rebuelta</i>	26
La fe del Hermano Rafael	
<i>Conchita Santos</i>	33
Hablando de San Rafael con...	
<i>Dámaso Caminero</i>	35
Letanías a San Rafael Arnaiz (VI)	
<i>P. Victorino Blanco, ocso</i>	38
Así vivió Rafael en la Trapa (IX)	
<i>P. Alberico Feliz Carbajal, ocso</i>	48
Noticias y novedades	57
Testimonios	59
Donativos	62

*“Se ha manifestado la bondad de Dios nuestro Salvador
y su amor al hombre”. (Cf. Tt 3,4)*

N*avidad.
es aurora de luz y de paz,
es encuentro de amor y verdad,
es presencia de Dios con nosotros,
es plenitud que sólo Él puede dar.*

*Navidad
es sonreír al hermano,
perdonar y olvidar;
es salir al encuentro del hombre,
es llorar y abrazar.*

*Navidad es amor.
Navidad es amar...*

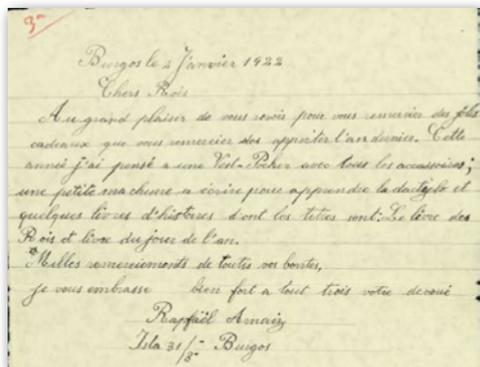
*El Secretariado de San Rafael desea a todos los lectores del
Boletín unas felices fiestas navideñas en la paz y la alegría del
“Dios-con-nosotros”.*



Navidad y poesía en San Rafael Arnaiz

Fernando Caballero Chacón
Autor de 'Hermano Rafael. El camino de la santidad'

La primera referencia escrita de San Rafael Arnaiz Barón sobre la Navidad está constatada a los 11 años en una simpática carta que remitió desde Burgos a los Reyes Magos. Escrita en francés el 2 de enero de 1922, el futuro santo les agradece los “hermosos regalos” (jolis cadeaux) que recibió el año anterior y les dice que para este había pensado en una Vest-Pocker –una cámara fotográfica– con sus complementos, una pequeña máquina de escribir para aprender mecanografía y libros de historia.



El Hermano Rafael (Burgos, 1911-Dueñas, Palencia, 1938) vivió desde que era un niño las navidades con pleno gozo porque era consciente del significado que tienen estas fiestas para la Iglesia Católica, de la que él era un ferviente practicante. “Te deseo unas navidades muy en Dios”. Así se despedía de su abuela materna en

una carta enviada el 17 de diciembre de 1935, con 24 años. No le faltaba humor en otra carta fechada el día anterior y remitida a su tío Leopoldo, el duque de Maqueda, cuando le anuncia: “Dentro de unos días, te mandaré una cosa que te gustará... No creas que es turrón”.

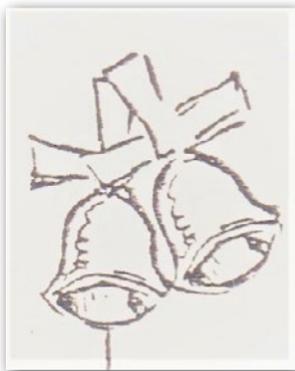
Las referencias navideñas de Rafael mantienen, e incluso la ensalzan, la aureola mística que caracteriza el conjunto de sus escritos, con la aproximación a Dios y a la Virgen innata a su espiritualidad. Además, a falta de un estudio canónico de los escritos del santo trapense desde el punto de vista literario, la Navidad le permite cultivar un marcado estilo poético, lleno de imágenes bellísimas, como la que se lee en la estampa dedicada al oblató de San Isidro de Dueñas Jesús Sandoval, fechada en Oviedo en la

Navidad de 1935: “Cuando te desanimes, mira a María, y ya verás cómo ella hará que las lágrimas se vuelvan flores para ofrecérselas a Jesús”. Lágrimas como flores. ¡Qué fuerza lírica! En este escrito, Rafael deja patente que el deseo de los monjes es “poder vivir y morir trapenses”.

Son los días previos al segundo ingreso de Rafael en San Isidro después de su salida por la diabetes que se le diagnosticó en mayo de 1934 y de la que ha mejorado en su casa de Oviedo –llegó el 11 de enero de 1936 al monasterio e ingresó directamente en la enfermería–. Rafael vive la Navidad de 1935 con su familia, asistiendo a las celebraciones litúrgicas en las que lamenta “mucho dejar al Niño después de comulgar”, como le escribe a su tía la duquesa de Maqueda. La vida espiritual de nuestro querido santo gira en torno a Dios y a la Virgen María. El misticismo del santo tiene su base en la identificación que él siente con Dios, su acercamiento hacia él, su profunda y sincera devoción, su deseo de estar siempre con él, de hablar de él, de fundirse con él para seguir su camino, su ejemplo. La Navidad le permite venerar intensamente al Niño Jesús como encarnación del fruto divino de María Inmaculada, de ahí esos lamentos reiterados por dejar al Niño después de comulgar.

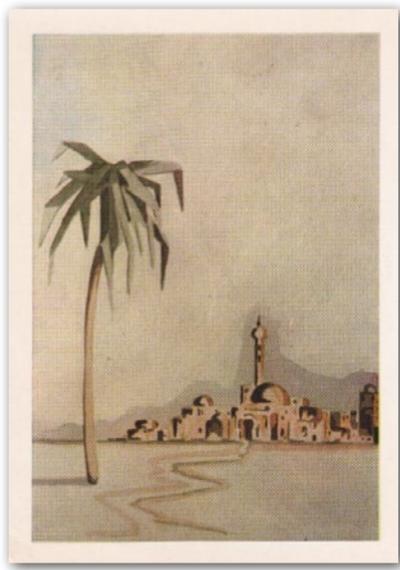
La dimensión poética que Rafael extrae de la Navidad se evidencia también en sus reflexiones recogidas en el escrito ‘Mi cuaderno’, iniciado el 8 de diciembre de 1936, donde define, el día 22 de ese mismo mes, la Natividad como “fiestas del cielo, fiesta en el alma..., fiesta en el hogar”. Y continúa: “De muchas maneras se puede celebrar la fiesta de las fiestas... De muchas maneras se puede esperar al Dios que va a nacer. De muchas maneras celebra el mundo el acontecimiento de la llegada de Dios”. Tenía 25 años y es la primera vez que Rafael no festeja la Navidad en casa con su familia. No hacía muchos días, el 6 de diciembre, había regresado al monasterio, del que había salido el 29 de septiembre después de ser llamado a filas tras el estallido de la Guerra Civil el 18 de julio, pero fue declarado inútil. Ahora tiene otra familia, diferente pero otra gran familia. “Voy a celebrarla este año en una Trapa, de muy diferente manera que otras veces. No sé si mejor o peor, solo sé que con más austeridad y con mayor recogimiento”, escribe.

Aun así será para él una experiencia inolvidable. No habrá, él lo reconoce, ni turrón, ni mazapanes, ni música ni cantares. “Ahora Dios me pide más. Me pide algo que ya le he dado..., pues se lo



he dado todo”. De nuevo la identificación de Rafael con Dios, una identificación espiritual, porque para él, ¡Solo Dios! ¡Solo Dios! Solo existe Dios, por encima de todas las cosas. La Navidad de 1936 la vivirá Rafael en lucha. “Luchará mi alma de monje que solo busca el amor de Jesús en el silencio y la soledad”. No hay mejor escenario para una persona sensible y profundamente religiosa como él que acercarse a Dios en el interior de los muros de un monasterio donde solo se habla, se vive y se siente el amor divino.

En este mismo texto de ‘Mi cuaderno’ rememora las navidades de cuando era niño. Y la vena poética vuelve a florecer. “Navidades infantiles, días de ilusiones, golosinas, Reyes Magos... Días que recuerdan el calor de la casa, el amor de los padres, la sopa de almendra... Días de estampa con nieve... Días en que los hombres se hacen niños, y se enternecen con el repetido cuento del huerfanito pobre, que tirita de frío, y mira entristecido a los hijos de los poderosos a los cuales no puede llegar”. Rafael convierte lo cotidiano en trascendental y sus recuerdos, en vivencias absolutas. “Misa del Gallo... Villancicos en los conventos de monjas; frío y copas de Jerez... Regalos, cartas, abrazos”. Son las manifestaciones externas de la Navidad que él vivió en el exterior y que en San Isidro tiene que interiorizar y abismarse en el sentido de entregarse a la contemplación y a la oración, que son las principales herramientas que tiene en el monasterio para acercarse a Dios, ya que su vida en



la celda de la enfermería le impide asistir al coro con sus hermanos trapenses y a la liturgia. “Fiestas de Navidad en el mundo..., no las recuerdo con pena, ni tampoco me entristecen... Solamente las recuerdo... Algo que pasó y no vuelve..., ¿por qué había de volver?”. La vida en el monasterio fue para Rafael, pese a sus limitaciones, plena y gozosa. Por eso no anhela el mundo exterior en unas fechas tan señaladas como las navidades. De hecho, una de las grandes cualidades que distinguen a Rafael y que han destacado todos los estudiosos de su espiritualidad fue su capacidad para sacrificar una vida cómoda como futuro arquitecto por el silencio y la severa austeridad del claustro.

¿Y cómo era la Navidad que vivió en el monasterio? La vena poética se hace patente para describirla: “Navidades en la Trapa, gozo en la liturgia, esperanza en los cantos de la iglesia, himnos que hablan de amor y suavidad del corazón, recordando en el silencio del templo, la humildad de María, la castidad de José... el amor de Dios. Mezcla armoniosa de melodías de ángeles y baladas de pastores... Navidades en la Trapa..., incienso y mirra ofrecidos por almas que deslizan su vida en el servicio divino..., oro de sacrificios. Ni algazara, ni expansiones externas, ni música, ni zambombas y tambores”. ¡Qué diferentes navidades las del exterior y las del interior! Sin embargo, Rafael es feliz. La navidad es la “adoración en silencio” y “un corazón desprendido de la tierra y puesto a los pies de Jesús en el Portal”. Rafael vive ahora la Navidad de una forma más intensa, más viva espiritualmente y con un apasionamiento interior que le hace ser una persona jubilosa, que disfruta de la “alegría tranquila, pura y santa de los humildes trapenses”.

La Navidad de 1937 la vive el oblatro trapense muy preocupado por la continuidad de la Guerra Civil española, que se inició en julio de 1936. El 7 de febrero volvió a salir del monasterio porque la diabetes se había agravado. El 15 de diciembre ingresó de nuevo en San Isidro, de donde ya no saldría, pues entregó su vida al Señor el 26 de abril de 1938. El 26 de diciembre nos deja en ‘Dios y mi alma’, su último cuaderno, escrito por expreso deseo de su confesor, Teófilo Sandoval (OCSO), una reflexión que puede ser fruto, como él mismo reconoce, de un momento de flaqueza: “Pobre hermano Rafael... luchas hasta morir, he ahí su destino. Ansias de cielo por un lado y corazón humano por otro. Total... sufrimiento y cruz. Pobre hermano Rafael, de corazón demasiado sensible a las cosas de las criaturas... Sufres al no ver amor y caridad entre los hombres... Sufres al no ver más que egoísmo. ¿Qué esperas de lo que es miseria y barro? Pon tu ilusión en Dios y deja a la criatura..., en ellas no hallarás lo que buscas”. En este momento de supuesta debilidad llega a preguntarse qué ocurriría “si Dios se oculta”, o cómo sería la Trapa sin Dios. Y a esto último responde él mismo: “no es más que una reunión de hombres”.

Esta Navidad de 1937 sería la última que vive. Siente, según su testimonio, “una enorme soledad” y “una pena muy honda”. “Nadie en quien reposar, enfermo y débil... ¡Ah, Señor, y muy poca fe!”. Pero Rafael apela a la bondad y a la misericordia de Dios para perdonar sus “olvidos”, “pero es tanto, Señor, lo que sufro, que mi flaqueza sola no lo podrá resistir”. Rafael escribe en este texto aseveraciones muy fuertes: “Nada veo más que mi miseria y mi alma mundana con poca fe y sin amor”.

El pesimismo podría tener como base una debilidad física fruto de su estado de salud, que cada día empeora. La diabetes sacarina va minando su cuerpo y lo debilita. Su cuerpo se va extenuando; su vida, apagando. Pero San Rafael Arnaiz mantiene viva su fe, de ahí que el día de Nochebuena entregó al Señor Jesús Niño “lo último que me quedaba de su voluntad”. “Le entregué hasta mis más pequeños deseos. ¿Qué me queda? Nada. Ni aun deseos de morir”, añade.

Rafael es consciente de que con un cuerpo que se va agotando, lo único que le queda es su fe, que es lo que entrega al Señor en Nochebuena, su última Nochebuena. “Ya no soy más que una cosa en posesión de Dios. Más Señor, ¡qué pobre cosa posees!”. Aquí está la clave de esa debilidad. Lo único que tiene para entregar al Señor es un cuerpo en decadencia, una extensión material de su fe, pero esta permanece no solo intacta sino mucho más fortalecida siendo consciente de una muerte cercana –cuando se despidió de su madre en su último ingreso en San Isidro, le dijo: “Pídele a Él que me muera pronto”–. “No me quejo, Señor, pero sufro sin virtud” continúa en ‘Dios y mi alma’. Rafael está despojado de todos sus atributos corporales y solo tiene su alma para entregar a Dios. Su cuerpo se va difuminando para ser alma y espíritu, para amar a Dios sobre todas las cosas materiales. “Mi alma sueña con amores, con cariños puros y sinceros. Soy un hombre hecho para amar, pero no a las criaturas, sino a Ti, mi Dios, y a ellas en ti”.

El escrito ‘Dios y mi alma’, cuyo último apunte está fechado el 17 de abril de 1938, nueve días antes de fallecer –ese mismo día escribe a su hermano Leopoldo y ambos textos son los últimos que escribió Rafael Arnaiz Barón–, constituye una intensísima y extensa oración en la que ensalza el amor a Dios como el camino más directo para la glorificación. El Hermano Rafael había sido un joven del mundo que quiso ser santo en un claustro, el de la Trapa de Dueñas, y que, debilitado su cuerpo, solo le queda el amor a Dios, a ese ¡Solo Dios! ¡Solo Dios! con el que se identificaba plenamente y que es la base de que San Rafael Arnaiz Barón sea considerado uno de los grandes místicos del siglo XX.

¡Feliz y Santa Navidad!



Nuestro Señor “se reía de él”

Para Rafael la cruz es risa de Dios

Juan Antonio Martínez Camino

Del 15 al 17 de julio de 2022 los Jóvenes adoradores de la Adoración Nocturna Española celebraron su XVIII Asamblea anual en la Abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. Me invitaron a hablarles de “La Cruz en la vida de un joven adorador santo, san Rafael Arnaiz”. Se lo agradecí mucho, porque me dieron pie para volver a leer *Dios y mi alma*, ese verdadero manual de “ciencia de la Cruz” en el que Rafael vuelca la experiencia mística de sus cuatro últimos meses de vida en este mundo.

Allí es donde el joven místico escribió el 25 de marzo de 1938 una admirable sentencia en la que, con gran profundidad teológica, sintetiza su camino espiritual: “¡Es tan difícil explicar por qué se ama el sufrimiento! Pero yo creo que se explica, porque no es el sufrimiento tal como este es *en sí*, sino tal como es en Cristo, y el que ama a Cristo ama su Cruz. Y yo de esto no sé salir. Aunque lo comprendo.”

¡Rafael llegó a amar el sufrimiento! No sería desencaminado pensar que esa fue la misión propia que Dios le dio a este joven santo de nuestro tiempo: Presentar de nuevo a la Iglesia y al mundo una vida atrayente en la que se revela la fuerza de la Cruz, es decir, el valor redentor y liberador del sufrimiento. Era y es ciertamente una misión muy necesaria en estos tiempos, tan marcados por el hedonismo y tan tacaños con el precio del amor, que es el sacrificio.

Pero para llegar hasta esa cumbre de identificación de amor con Cristo crucificado, Rafael tuvo que andar un camino, no muy largo, pero muy intenso. También en esto es muy relevante su figura para la vida espiritual de los cristianos en nuestro tiempo, en particular, para los jóvenes, a quienes ofrece una guía segura para no perderse por los caminos de destrucción que el mundo les marca. El hermano Rafael es, en efecto, un maestro del discernimiento, es decir, de la hermosa tarea de interpretar las encrucijadas de la vida como señales de los caminos

que Dios quiere recorrer con nosotros para llenarnos cada vez más de su amor y hacernos cauces más limpios de caridad divina para los prójimos.

En un apunte del 20 de enero de 1937, en el diario llamado *Mi cuaderno*, Rafael echaba la vista atrás describiendo el camino espiritual que lo había traído hasta allí. Interpretaba los avatares de su vida como tres modos diversos con los que Dios le había ido mostrando su amor y capacitando para responderle con un amor cada vez más auténtico, más puro y pleno. El primero fue a modo de un “cebo”; el segundo, una especie de “desilusión”; y el tercero, la felicidad completa de la Cruz.



Rafael se retrataba entonces a sí mismo cuando había llegado al monasterio como un novicio al que Dios quería mucho, es más, a quien “mimaba”. Pero escribe que el Señor “se reía de él... También se reían los ángeles del cielo con aquel novicio tan cándido, que decía tenía paz y era feliz porque hacían muy bonito las cogullas blancas de los monjes, mezcladas a las notas del órgano y a las campanas del monasterio... ¿Se puede dar más inocencia? Tenía la paz del mundo..., y algo de la de Dios”. De aquella “paz sensible” que buscaba Rafael dice que “era el cebo de Dios”. Era una especie de “engaño” del que el Señor se valió no tanto para llevarlo a la Trapa, sino para atraerlo hacia él, según escribirá con palabra más fuerte el

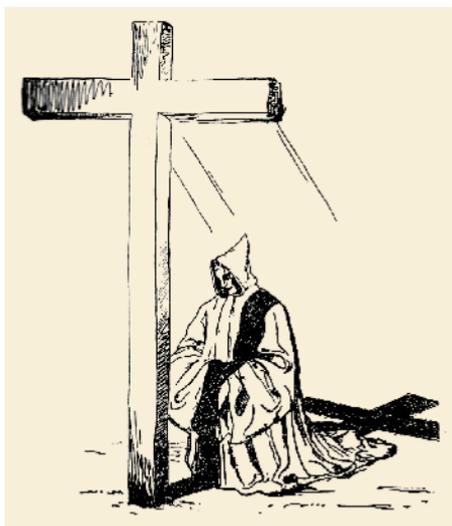
12 de abril de 1938, ya casi al final de su camino en la tierra.

Como Dios lo quiere mucho, mucho - insiste Rafael en el apunte del 20 de enero- para acabar con aquella “inocencia” o “ilusión” inicial, a aquel novicio “le quitó la salud... le cambió el paisaje... le mandó la cruz”. Fue una “desilusión” que le valió mucho para reconocer mejor la verdad de su vida y, sobre todo, para conocer mejor el poder del amor de Dios en su vida. Ese poder divino que se realiza y brilla en la debilidad humana.

“Efectivamente - sigue escribiendo - hoy no me cambaría por aquel novicio de antaño. Hoy bendigo desde el fondo de mi alma a ese Dios que tanto me quiere, y *me lo demuestra*, porque me quiere como es Él... clavado en una Cruz, besando sus llagas y acompañándolo en

sus agonías... Amo más a Cristo cuanto más me prueba... Goza mi alma de paz, quizás en la agonía; no sé cuándo sufro, pues sufro por Cristo y sufro con gusto. Por nadie me cambio, pues tengo lo mejor que un cristiano puede tener... la Cruz de Jesús muy dentro del corazón.”

Rafael escribe en estos párrafos la palabra “cruz” primero con inicial minúscula y luego, con mayúscula. La Cruz, con mayúscula, es la que descubre después que la enfermedad le haya servido para abrir los ojos del alma al misterio profundo del amor de Dios, revelado en el sufrimiento de Cristo. Por eso Rafael dirá que ama el sufrimiento. No porque sea un masoquista. Sino porque esa dura realidad de la vida humana que es el dolor físico y espiritual, fruto del pecado, ha sido clavada con Cristo en su Cruz. Desde allí no nos hunde, sino que nos levanta a la libertad espiritual que nos permite conocer y amar a Dios como él es de verdad.



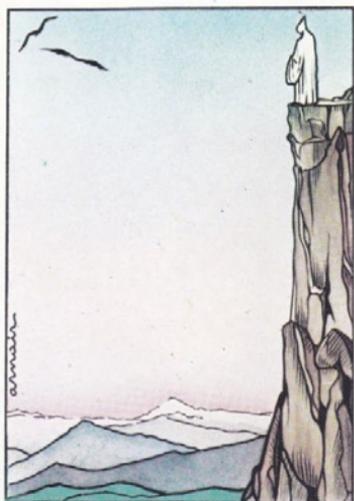
Rafael no había estudiado teología de modo académico. Pero en su discernimiento espiritual se dejó iluminar por el Espíritu Santo, que lo condujo a la verdad completa: “¡Que vengan los sabios preguntando dónde está Dios!... Dios está en la Cruz y mientras no amemos la Cruz no lo veremos, no los sentiremos”, escribía el 4 de marzo de 1938.

“Quisiera estar arrodillado ante tu Sagrario día y noche” - escribía san Rafael Arnaiz el día de san José de aquel último año de su vida terrena. Allí había aprendido él que Dios se ríe de sus hijos pequeños desde la Cruz. Con una sonrisa llena de amor, como la del Cristo crucificado del castillo de Javier, en Navarra.



RAFAEL

Vivió heroicamente las tres virtudes teologales



INCOLA EGO SUM IN TERRA. PS.CXVIII~V.19.

Ciertamente, el Hno. Rafael practicó en grado heroico todas las virtudes cristianas. Si no hubiese sido así, no habría sino canonizado.

Sin embargo, para mí lo más importante es que Dios le concedió la gracia de vivir, también en grado heroico, las tres virtudes teologales: la fe, la caridad y la esperanza.

La fe es la virtud gracias a la cual creemos todo lo que Dios nos ha revelado, y tiene otra acepción: la fe es confiar plena y absolutamente en Dios.

Nuestro Rafael confió siempre en Dios y le alababa por su grandeza, por su bondad, por su fidelidad.

En segundo lugar, Rafael, practicó también en grado sumo la caridad cristiana: amó a Dios siempre y con todas las fuerzas de su ser y, por amor a Dios, amó a los hombres y mujeres que el Señor puso en el camino de su vida. Amó a Dios sobre todas las cosas y nunca puso obstáculos a la gracia divina y a las inspiraciones que el Espíritu Santo le hacía experimentar. Incluso cuando no “sentía”, el consuelo divino, no por eso dejaba de amar a su Dios, pues había ido a la Trapa no para amar los consuelos de Dios, sino para amar al Dios de toda consolación.

¡Gran lección para nosotros! Estamos llamados a amar al Señor cuando el viento nos sea favorable y cuando no; amarle en los buenos momentos, en los malos y en los regulares.

¿Y quién es el que ama verdaderamente a Dios? Ama a Dios quien

cumple sus mandamientos y no se ciñe a la liberalidad de los mismos, sino que “ama porque ama, ama por amar”. Y el premio de amar a Dios es precisamente amarle.



Rafael pudo amar así al Señor porque se vio amado por Él. Cuando permitió que apareciera la enfermedad en su vida, Rafael no dejó de amar a Dios; al contrario, se propuso amar más a Dios que le daba (le entregaba) una pesada cruz, cruz que pudo cargar porque el Espíritu Santo le dio la fortaleza necesaria para cargar con ella. Ciertamente, “en la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo”.

Nos dijo el Señor: “El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga; pues el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que la pierda por mí la encontrará. De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si pierde su alma, o qué podrá dar para recobrarla?”

Es lo que hizo el Hno. Rafael de modo ejemplar: negarse a sí mismo, cargar con su propia cruz y seguir al Señor. No buscó ganar el mundo ni las cosas materiales, sino que, lleno de amor a ese Dios que tanto le amaba, perdió la vida, la ofreció al Señor como preciosa oblación por su salvación y las del mundo entero.

San Rafael Arnaiz, siguiendo el ejemplo de san Pablo, lo perdió todo por Cristo y todo lo estimó basura comparado con el conocimiento de Jesús, su Señor y Salvador. A los ojos del mundo fue “un total y absoluto fracasado”. A los ojos de Dios, Rafael, fue una piedra preciosa, que precisamente para llegar a ser preciosísima, se dejó hacer y deshacer por el Divino Artesano.

En tercer lugar, el Hno. Rafael practicó una esperanza viva, alegre, no resignada, no fatalista, sino feliz y hasta con buen humor en muchos momentos. Ciertamente “un santo



triste es un triste santo”, y Rafael no fue de éstos. Fue un hombre alegre, feliz, gozoso, porque se sentía entrañablemente amado por Dios, que es amor y sólo amor. Y San Rafael supo “subirse al carro” del amor de Jesús para no bajarse jamás: lo hizo dentro de su monasterio y fuera de él, siempre y en toda ocasión. Cuando ya no podía más, ofrecía sus dolores y sus sufrimientos al Señor, de tal manera que fue configurado de modo extraordinario con Cristo crucificado.

De sobra sabemos que no hay Cristo sin cruz, ni se llega a la resurrección sin pasar antes por el sufrimiento y por la muerte. Y tampoco hay cristiano sin cruz, ni monje sin cruz. Verdaderamente en la Cruz gloriosa de Jesucristo, y en la cruz de cada cristiano, está la vida y la salvación, la felicidad.

Al Hno. Rafael le sostuvo toda su vida la esperanza que no falla, la esperanza sobrenatural, la que viene del Señor.

De este modo vivió, se alegró, se ofreció y murió nuestro Rafael: lleno de fe y de amor a Dios, lleno de esperanza, y llegó a ser “el hombre más feliz de la tierra.

Nosotros, sus devotos, le admiramos y le contemplamos porque el testimonio y los ejemplos de su vida santa nos ayudan a seguir mejor a Jesucristo y a ser discípulos - misioneros del Evangelio de la Salvación, cada uno desde su específica vocación en la Iglesia.

Que nuestro San Rafael no deje de rezar por nosotros y que su intercesión nos ayude a superar todas las adversidades de la vida hasta que lleguemos a la patria de los santos.



Pautas para hacer un RETIRO con SAN RAFAEL ARNAIZ

Don Avelino Toledano, Pbro.

Empezaría como ambientación con un video de 8 minutos en pantalla sobre Rafael. Se puede empezar antes de salir a la Exposición y así intentar crear clima de silencio en la iglesia.

EXPOSICIÓN CON EL SANTÍSIMO. - CANTO o MÚSICA

ORACIÓN ANTE EL SANTÍSIMO

Así oraba Rafael: “Señor, mi vida quisiera que fuera un solo acto de amor... un suspiro prolongado de ansias de Ti. Quisiera que mi pobre y enferma vida fuera una llama en la que se fueran consumiendo por amor todos los sacrificios, todos los dolores, todas las renunciadas, todas las soledades. Quisiera que tu vida fuera mi única regla, mi único alimento; tu Evangelio mi única razón de vivir”

Señor, no sé qué hago aquí... nada, pues nada sé hacer ... Señor, no sé qué hago aquí pero estoy contigo..., me basta y yo sé que estás aquí, delante de mí (ES 1205)

Escondido en el Sagrario me esperas siempre. Ahí recibes a los amigos, ahí los consuelas, los curas y los perdonas. Y si esto es así allí escribo, canto, rezo, lloro... ahí nada me falta. Ahí estoy contigo y ahí me siento el hombre más feliz de la tierra.

Multitud de sagrarios hay en la redondez de la tierra pero un Dios que es Jesús sacramentado. Consoladora verdad que hace estar tan unidos el monje en su Coro, el misionero en tierra de infieles y el seglar en su parroquia. No hay distancias, ni hay edades..., al pie del sagrario estamos todos cerca. Dios nos une” (ES 83).



MOMENTOS DE SILENCIO

1. CUANDO DIOS LLENA EL ALMA



Estoy convencido que el que busca a Dios le encuentra (IT 34). Yo pertenezco a Dios, mi fin es Dios, y Él es el único que puede llenarme por completo (C207).

La vida no es triste cuando se posee a Dios. ¡Qué grande es Dios!

Solo Dios...Cuanto cuesta llegar a comprender y vivir estas palabras, pero una vez que el alma se ha percatado que es de Dios, posesión de Dios, de que Jesús vive en ella, a pesar de sus miserias y flaquezas... una vez comprendida la razón de vivir y que vivir es para Dios y solo para Él, nada hay en el mundo que pueda turbar al alma (C 920 921-926)

Qué dulce es vivir así, solo con Dios dentro del corazón. Qué suavidad es verse lleno de Dios (NC 1077)

MOMENTO DE SILENCIO Y MÚSICA

2. CUANDO EL AMOR A DIOS NOS INVADE Y ENLOQUECE

Al que no tiene a Dios, necesita consuelos pero el que ama a Dios ¿qué más consuelo? (C 546).

Señor, si para amaros necesito cruz envíamela pues veo claro que cuanta más cruz tenga más os amo y ya sabéis que amaros es mi única ocupación en la tierra y cuando más os ame más alegría os doy.

Cuando me fui a la Trapa, a Ti te entregué todo lo que yo tenía y todo lo que poseía: mi alma y mi cuerpo. Mi entrega fue absoluta y total, muy justo es pues, que Dios mío, ahora hagas de mí lo que os parezca y os plazca sin que haya por mi parte ni un momento de rebeldía. Dios, Tú mi Dios, eres mi dueño absoluto y yo soy tu siervo que obedece y calla (C 170).

MÚSICA

3. SILENCIO

Mucha gente me pregunta sobre el silencio en la Trapa y yo no sé qué contestar pues el silencio en la Trapa no es silencio... es un concierto sublime que el mundo no comprende. Es ese silencio que dice: “no metas ruido, hermano, que estoy hablando con Dios...” Qué sería el mundo sin oración?

Al pie del Sagrario es donde de veras nos podemos comunicar y en el silencio de la oración podemos hacer más que con todo el ruido de palabras que podamos imaginar (C 656).

Qué difícil es expresar la alegría de la soledad al que algunas veces tantas lágrimas le ha costado.

La verdadera felicidad se encuentra en Dios y solo en Dios

Feliz este oblato enfermo e inútil que solo desea amar a Dios. Feliz, mil veces feliz soy aunque algunas veces me queje en mi flaqueza.

Qué hermoso es el silencio, sobre todo aquí en la Trapa, donde todos nos entendemos con sólo mirarnos y, sobre todo, Dios nos entiende... yo creo que con eso basta. El silencio ayuda mucho para la oración y no perder la presencia de Dios. Solamente en el silencio se puede vivir, pero no en el silencio de palabras y de obras..., no. Es otra cosa muy difícil de explicar... Es el silencio del que quiere mucho, mucho, y no sabe qué decir, ni qué pensar, ni qué desear, ni qué hacer... Solo Dios allá adentro, muy calladito, esperando, no sé..., es muy bueno el Señor...

(El silencio, aspiración última de Rafael)
“Quisiera, Señor, morir en silencio” (NC (214)
-1.102)



SILENCIO Y MÚSICA

4. CRUZ-SUFRIMIENTO

Bendita la Cruz cuando por amor a Cristo se abraza (C 90)

Mi centro no es la Trapa, ni el mundo ni ninguna criatura, sino que es Dios y Dios crucificado (NC 1082)



La Cruz de Cristo!!! ¿Qué más se puede decir? Yo no sé rezar. No sé lo que es ser bueno, no tengo espíritu religioso, pues estoy lleno de mundo. Sólo sé una cosa que llena mi alma de alegría a pesar de verme tan pobre. Solo sé que tengo un tesoro que no le cambiaría por nada. Ese es mi Cruz.

Vida de enfermo..., tristeza para el que en lo presente cifra su dicha. Vida de enfermo, vida quizás sin esperanza. Vida que solo vive para esperar la muerte..., dichoso el que espera y en su enfermedad no ve más que la voluntad de Dios.

Al Señor esta mañana le he ofrecido mi vida. Qué contento estoy al no tener ya nada. Que el Señor cuide mi enfermedad como quiera. Y cuantos menos cuidados me envíe, y en más necesidades me ponga mejor, (C. 27-2-1938).

Saborear la Cruz. Ah Señor, qué feliz soy. He hallado lo que mi alma desea. No son los hombres, no son las criaturas..., no es la paz, ni el consuelo..., no es lo que el mundo cree..., es lo que nadie puede sospechar..., es la Cruz.

Saborear la cruz. Vivir enfermo, ignorado, abandonado de todos..., Solo Tú y en la Cruz.

SILENCIO Y MÚSICA

5. CEMENTERIO

En el cementerio de la Trapa, Señor, todos somos iguales. Cuando contemplo el cementerio, las cruces que señalan el sitio donde están nuestros hermanos me causa alegría. Y cuando al atardecer, Señor, visito el cementerio me acuerdo de aquella estampa que pone “SABER ESPERAR”. Yo también veré a Dios, no hay más que esperar un poco”.

6. MI MADRE

Señor, hoy te quiero hablar de mi madre, de mi padre y de mis hermanos. A ella la tengo en el corazón. Cuando he llorado con más gusto en la Trapa, es con las cartas que me manda mi madre y es que cuando se ve un alma generosa y tan grande como una madre no puede uno por menos que alabarte; en mi madre, mujer cristiana y heroica y tan generosa con Dios lo mismo que mi padre y mis hermanos y leyendo sus cartas en un rincón del noviciado te he bendecido, mi Dios, por el sacrificio que han hecho no solo por darte un hijo, sino que además, me han ayudado y fortalecido a llevar la cruz y su sacrificio, aunque, Señor, tengo una congoja porque he visto llorar a mi madre.



Le dije en mi última salida a casa que por fin me iba y en qué condiciones, y me oyó decir: “Pídele a Dios que me muera pronto”. Mi madre, Señor, cada vez que me mira se entristece. Ella me despidió y me insistía en que llevara mis cosas; solo me traje el Oficio parvo, el Rosario y mi crucifijo y nada más. Y me fui. Yo la he contestado: Si vieras madre qué bien se vive sin nada!!! y LLEGUE AL MONASTERIO y recuerdo

las primeras palabras que me dijo el Hermano Portero cuando entré en la Hospedería: “Y ahora a no apurarse y cualquier cosa que le ocurra, dígaselo a la Virgen María, pues a mí en veintitantos años que llevo de trapense, nunca me negó nada” Y así ha sido. La Virgen me ha ayudado de una manera muy eficaz y en la Trapa todo irá en torno a Jesús y María. Y así la Virgen es para mí: la Señora y Reina del cielo, una

verdadera madre, la intercesora ante Dios, la mediadora, la que me quiere mucho, la que está al lado de la Cruz, la que lo puede todo y con la que podemos todo, la que acompaña en su trabajo a su pobre oblat, la que

recoge sus lágrimas, con que aprendemos a saber esperar, la llena de gracia, la única criatura perfecta, la que nos comprende sin necesidad de ruidos ni de palabras criatura

Yo soy para la Virgen: el querido de la Señora, el que no se acuesta ninguna noche sin haber recurrido a la Madre, el que canta en silencio a la Señora, el que nunca se siente abandonado de la Señora, el que quiere volverse loco mirando a la Inmaculada, el que pelando nabos con frío y con lucha se siente feliz al mirar a María, el que tiene prisa de estar con Cristo y ver a María.



SILENCIO Y MÚSICA

EPÍLOGO

Y así al amanecer del día 26 de abril de 1938 volaba a los brazos de Jesús y de María para siempre. Toda la Comunidad, más de cien monjes, visitaron su celda, al difunto Rafael. Todos le lloraron con pena pero también con íntima alegría, ya que sabían que Dios les había regalado a un auténtico monje y un verdadero santo. La campana de la Trapa anunciaba su muerte para el mundo y anunciaba en los cielos que un alma pura, amante y penitente entraba en la gloria eterna, en la plenitud de Dios.

SILENCIO Y MÚSICA

UN JOVEN MÍSTICO EN LOS ALTARES

San Rafael Arnaiz Barón

Modelo de la Juventud, propuesto por SS. Juan Pablo II, en la Jornada Mundial celebrada en 1989 en Santiago de Compostela.

Por Íñigo Castellano Barón

Hoy día no es precisamente la mística un género cultivado ni en la literatura ni en la vida personal, no obstante hay casos en este mundo actual en el que han surgido personas cuya espiritualidad y escritos reflejan lo más profundo de un alma cultivada en lo trascendente



tras alcanzar una relación espiritual tan próxima al Creador que les sitúa en un plano ajeno a la realidad cotidiana y a cuanto les rodea. Personas tocadas de una gracia especial que llegan abandonar su propia naturaleza para mimetizarse con su espíritu que les sobrepasa para confundirse con el amor divino. Muchos y grandes místicos ha habido en la historia humana, como recientemente el caso que hoy nos ocupa y que en esta sección de la *España Incontestable* he querido dar muestra de ello. San

Rafael Arnaiz y Barón nació en Burgos el 9 de abril de 1911. Fue un joven estudiante de arquitectura que como tantos jóvenes diseñaba su vida a través de una prometedora profesión, aunque eran malos tiempos los que corrían en aquella época de la segunda república. Le gustaba divertirse como a cualquiera y acoplarse a las comodidades que su familia podía ofrecerle. Profesaba un especial amor por el dibujo y un sincero cariño por sus tíos, los duques de Maqueda, a los que visitaba con frecuencia cuando éstos con sus cinco hijos pasaban largas estancias en «Pedrosillo», finca situada en las cercanías de Ávila. Esos tiempos le servían para relajarse del ajeteo de la ciudad y



mantener largas conversaciones con el duque dotado como su mujer de una gran espiritualidad.

En un verano, Rafael Arnaiz, ya avanzado en sus estudios universitarios, fue invitado por su tío el duque Leopoldo Barón (*Polín*) a visitar a su amigo el padre Armando Regolf, encargado de los ejercitantes de *La Trapa* de San Isidro de Dueñas (Palencia), siendo aquella ocasión la que sirviera para que el joven Rafael se interesase por la vida monástica que pudo observar en su primera visita. Desde aquella vez, las visitas a *La Trapa* se hicieron más frecuentes. Rafael cumplió con sus obligaciones militares alistándose para el servicio militar en un regimiento del cuerpo de ingenieros y zapadores siendo el año de 1933, pero no por ello abandonó la idea que desde un tiempo y con intensidad creciente venía rondándole por ingresar en *La Trapa*. Pasaron los meses hasta que finalizó su reemplazo. Desde ese momento, Rafael reanudó las visitas a sus tíos a «Pedrosillo» e intensificó una frecuente correspondencia epistolar con ellos, donde abarcaba temas del ámbito familiar como espiritual, pues ya el alma del joven Rafael iba prendiéndose del amor divino y una gran inquietud le embargaba, encontrando en ello una gran comprensión en sus tíos los duques de Maqueda que desde su ámbito social se dedicaban plenamente a prácticas piadosas y caritativas.

Mantenia un continuo y ferviente deseo de visitar *La Trapa* y oír los salmos que el Cister sabe regalar a los que le escuchan. Cada vez más fuerte era su deseo de incorporarse al monasterio hasta que decidió formalmente ingresar como monje en la orden cisterciense para lo que envió una carta pidiendo su ingreso haciéndoselo saber al padre Abad, hecho que sucedió al inicio de 1934.

No fue un camino fácil su entrada en el Cister como tampoco sus diferentes estancias en el mismo, pues hubo de salir por tres veces del monasterio debido a sus problemas de salud.

En un día cualquiera Rafael ve mermada muchas de sus capacidades, sufriendo en determinadas épocas fuertes dolores que le incapacitaban con frecuencia



para sus disponibilidades y tareas que cumplir. Al poco, de su entrada en La Trapa supo que tenía diabetes en un grado importante. Sin embargo la mente de Rafael no estaba en esos padecimientos pero le obligaban a abandonar el monasterio para su recuperación. No obstante, ya fuera del claustro, el empeño y amor a Dios que su alma iba desarrollando le hacía insistir en regresar a *su* Trapa, al punto de que no le importaba servir como oblató a sus hermanos aunque no pudiera profesar como monje con tal de estar cerca del Sagrario para que nada perturbara su relación con Dios. Sus oraciones personales ante el Santísimo Sacramento le sumían más intensamente en su vocación a la que nunca renunciaría. Otras dos veces hubo de salir de La Trapa por razones de su salud, pero también estas ocasiones sirvieron para confirmar su decidida vocación por el Cister.

Recordemos que Rafael ingresó para monje corista y su carácter distendido, alegre, sencillo le hizo ver la vida monástica con verdadera alegría a pesar de sus penalidades y dolores que no manifestaba y le obligaba a esforzarse con verdadero sacrificio en el silencio que ofrecía como alabanza a Dios. En una primera etapa de su camino espiritual, la oración y el cumplimiento de sus tareas más sencillas como *oblató*, pues ya tenía claro que por sus limitaciones no podría tomar los hábitos como monje, fueron sus principales motivaciones que le llevaron a entregar su alma y mente que llenaba con una íntima conexión con Dios y la Virgen María. Y aunque las salidas mencionadas del monasterio le desesperaban, imploraba volver a *La Trapa*, pues el mundo no era para él dado que nada le atraía que no fuera la oración y el amor a Dios. El Hermano Rafael como así le llamaban, regresaba cada vez a la vida monástica a sabiendas que su vuelta era volver al sufrimiento y al silencio, cuando no a veces a la incomprensión de sus propios hermanos de Orden que entendían que mejor estaría al cuidado de su familia que a veces en la enfermería del monasterio o en las largas horas de maitines. Pero como en numerosas cartas por él escritas a su madre, hermano, y a sus tíos los duques de Maqueda, así como muchos testimonios de cuantos le conocieron, dieron cuenta de que *La Trapa* había pasado de ser el lugar de oración y alabanza a Dios para convertirse en el lugar en el que podría además aproximarse al sufrimiento de Cristo, padeciendo aquella vida monástica y ciertamente austera mediante su cuerpo enfermo cada vez más incapacitado por la diabetes. Aquello fue una evolución en su espiritualidad. La Virgen María y la Cruz, es

decir el sufrimiento, se convirtió en el eje de su entrega al amor de Dios y ¡qué mejor que el monasterio frente a las comodidades de su casa familiar!. Quería ser trapense, pero ya que no podía, al menos ser *oblato*: ¡*qué más da!* ¡*Solo Dios basta!* En su tercero y último regreso atisbaba ya el final de su vida (27 años) y el domingo de Resurrección, Félix Alonso, el abad, le impuso simbólicamente el escapulario negro y la cogulla trapense, cumpliendo su deseo de poder morir con ella. Un coma diabético acabó finalmente con su vida el 26 de abril de 1938. Fue sepultado inicialmente en el cementerio del monasterio, pero el 13 de noviembre de 1972 sus restos fueron trasladados a la iglesia abacial del mismo.

No fue necesario para Rafael tomar los venerables hábitos blancos del trapense y la cogulla, tan solo le bastó orar con los hermanos y venerar el Sagrario tan amado. Como tan explicativamente publicó Monseñor J. Antonio Martínez-Camino en su libro «Mi Rafael». En éste se encontraba la «teología del ¡«qué más da!» un pensamiento que proclama en su fondo: ¡*solo Dios basta!*, siendo irrelevante cualquier otra cosa, padecimiento, inquietud, circunstancia adversa, etc. «*¿Qué más da la salud o la enfermedad, la pobreza o la riqueza, qué más da ser trapense o militar, qué más da vivir o morir..?*». Fue este el eje de su pensamiento místico y la línea de conducta que le conduciría durante los pocos años que pudo gozar de *La Trapa* hasta su temprana muerte.

Eso fue el plan de Dios... En su celda y en lo más álgido de su enfermedad, entregó su alma a Dios que le premió llevándosela por no anhelar otra cosa que reunirse con su Creador. Sublime en lo espiritual, fue canonizado el 11 de octubre de 2009 en la Basílica Vaticana y en donde con gran emoción asistimos la familia. No quiero dejar pasar un especial recuerdo a la importancia que Dios quiso que tuvieran mis abuelos Maqueda en el camino de santidad de aquella alma buena

especialmente tocada por Dios, en cuanto que supieron encaminar a su sobrino desde la espiritualidad de la que ellos mismos gozaban y con quien a lo largo de toda su vida mantuvieron una rica correspondencia en la que Dios y la Virgen María fueron sus protagonistas.



ALGUNAS SUGERENCIAS PARA LA PRÁCTICA DIARIA DE LA MEDITACIÓN CON EL HERMANO RAFAEL

Javier Onrubia Rebuelta

(javieronrubiarebuelta@gmail.com)

Desde hace ya muchos años en los medios de comunicación y en nuestro entorno social, se han hecho muy habituales las palabras “meditar” o “meditación”.

Según la Real Academia de la Lengua, meditar, es “pensar atenta y detenidamente sobre algo”.

El Catecismo de la Iglesia Católica (1992) define la meditación como “una búsqueda” y “forma de reflexión orante”.

Santa Teresa de Jesús escribe: “Llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento” (Moradas 10).

Generalmente se tiene la idea de que la meditación es tan solo un mero ejercicio físico y/o mental, necesario para alcanzar la paz interior, relajarse, aquietar nuestros pensamientos, controlar nuestra imaginación y disponer, plena y conscientemente, de nuestra voluntad. Su único objetivo sería encontrar el bienestar mental y el equilibrio emocional. Esta sería una meditación laica, sin ningún tipo de connotación religiosa, un primer paso para toda persona que quiera meditar, independientemente de sus creencias religiosas.

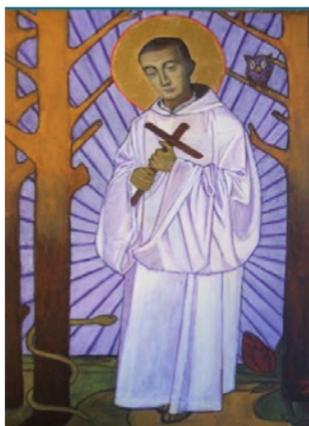
Pero hay también otras formas de meditación ligadas a las grandes religiones: Cristianismo, Islam, Judaísmo, Hinduismo o Budismo que cada vez tienen más presencia en nuestra sociedad. Aquí voy a referirme siempre a la práctica de la meditación cristiana.

Evidentemente para los cristianos, este primer paso que persigue la meditación laica, debe estar acompañado de otro segundo, imprescindible e irrenunciable, y que es el fin último y que da sentido a la meditación cristiana: ponernos en la presencia de Dios.

El primer paso nos llevaría a vaciar la mente, limpiarla, de

todos aquellos pensamientos que nos agitan, perturban, producen desasosiego, intranquilidad, tristeza, dolor o desesperanza; el segundo sería llenarla de todo aquello que nos conduce a sentir y amar la presencia del Padre y aumenta nuestra vida de fe. En palabras del dominico Fray Luis de Granada los que meditan: “Allí sienten dentro de sí mismos la presencia del Señor, y la virtud de su gracia, y cómo los guía Dios por el camino que Él promete” (*Del fin del hombre, y de las virtudes necesarias para alcanzarle*, 51).

Para Santa Teresa de Jesús “En la meditación es todo buscar a Dios” (*Moradas* 7,7).



San Bernardo, en su escrito “*Sobre la consideración*”, también nos aporta numerosos argumentos sobre la importancia del ejercicio de la meditación para todo cristiano.

El Hermano Rafael cita en trece de sus escritos las palabras “meditar” o “meditación”. En ellos aconseja meditar a alguno de sus familiares, detalla los temas sobre los que él meditaba en el monasterio, las horas a las que lo hacía o el lugar que elegía para ello.

Antes de leer alguno de los textos de nuestro santo Rafael, que nos van a guiar de manera segura en nuestra meditación diaria, creo que es necesario enumerar aquellas partes comunes a cualquier forma de meditación. Estas partes que podemos considerar básicas, nos predisponen a empezar a meditar en las mejores condiciones posibles.

A la hora de empezar nuestra meditación es importantísimo adoptar la **postura física** que más nos convenga: arrodillados, sentados en un banquito o en una silla, postrados, caminando o de pie. La postura que adoptemos tiene que ser siempre la más adecuada, que no nos distraiga ni nos haga sentir molestias o incómodos. San Ignacio de Loyola en sus “*Ejercicios Espirituales*” (76) nos ofrece varios ejemplos. San Jerónimo, en su carta 58 al presbítero Paulino, escribe: “...y, con el cuerpo postrado, levantar la mente hacia el Señor”. En su magistral “*Carta sobre algunos aspectos de la meditación cristiana*” (1989) Joseph Ratzinger

afirma: “La experiencia humana demuestra que la posición y la actitud del cuerpo no dejan de tener influencia sobre el recogimiento y la disposición del espíritu, por lo cual algunos autores espirituales del Oriente y del Occidente cristiano le han prestado atención”.

El **lugar** tiene que ser silencioso, sin ruidos que nos perturben, que resulte agradable y recogido, y a ser posible, siempre el mismo. En el Evangelio contemplamos cómo oraba Jesús, los sitios donde lo hacía, preferentemente al aire libre, y la hora del día, al amanecer o al anochecer. En el lugar en que estemos es conveniente tener delante un crucifijo, una imagen de la Virgen, un icono o, en este caso, una imagen de Rafael. Algunas veces, una música suave y quemar incienso pueden ser una excelente compañía. A mí me gusta también tener cerca una rosa del desierto. Un lugar donde la meditación me surge como en ningún otro sitio es la capilla en la que descansan los restos de San Rafael en la abadía de San Isidro, lugar que recomiendo visitar tan asiduamente como se pueda. Es un lugar muy, muy especial.

El **tiempo** debe de ser corto en un principio, para ir aumentándolo de forma progresiva, según la disponibilidad de cada persona. Tenemos que medir nuestras fuerzas. Hay que ser constantes y perseverar a pesar de la aridez, las distracciones, el cansancio, la pereza, la falta de frutos tangibles o las agitaciones exteriores, que nunca nos van a faltar. Estas distracciones hay que dejarlas pasar por nuestra cabeza sin prestarles atención ni en entrar en consideraciones inútiles. Son como esas nubes que vemos pasar veloces por el cielo, que tapan momentáneamente el sol, pero luego desaparecen y vuelve a brillar.

En estos momentos de distracción lo más conveniente es centrar nuestra mirada en una imagen, prestar atención a nuestra respiración, hacer una pequeña lectura o repetir una palabra o una frase que recoja nuestra mente y sujete nuestras divagaciones mentales. La práctica personal nos descubrirá cual puede ser esa lectura, palabra o frase que más nos sirva a cada uno. El notable libro “*El peregrino ruso*” nos aporta algunos ejemplos, cómo la muy conocida y utilizada Oración de Jesús: “Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador”.

Hay muchas personas que todavía se preguntan por qué hay que meditar, para qué sirve y dudan de los resultados que se

pueden obtener y opinan que es una pérdida de tiempo o una moda pasajera.

Como criaturas creadas por el Padre que somos, con nuestra meditación le adoramos, le damos gracias por lo que somos, le agradecemos su misericordia, le pedimos humildemente aquello que consideramos necesario, le suplicamos su perdón por nuestros pecados, le ofrecemos un tiempo de nuestra jornada diaria y buscamos estar y sentir su presencia amorosa. Esta presencia la buscamos no solo en el momento de meditar, sino durante todo el día.

Santa Teresa consideraba que “lo que medita por la mañana, traiga presente todo el día” (A, 31).



En la meditación “voy a escuchar lo que dice el Señor” (Sal. 84), despojándome de mis preocupaciones, seguridades, deseos y comodidades, abandonándome en sus manos. Siempre con la esperanza de que “llegue a su presencia el meditar de mi corazón” (Sal. 18). Me sorprendo y admiro la grandeza de Dios. Desde el silencio interior y exterior, le dedico toda mi atención por la fe, la esperanza y el amor.

Habitualmente es la Biblia el libro que utilizamos para meditar, pero también la vida de un santo o santa o un clásico de la espiritualidad cristiana. Aquí nos vamos a servir de los escritos de San Rafael Arnaiz Barón.

Vamos a usar la imaginación, como si fuésemos testigos directos de lo que nos relata Rafael. El entendimiento, para comprender lo que vamos a meditar y la voluntad para llevar a la práctica los propósitos y resoluciones que obtengamos de la meditación, tras confrontar nuestra vida, actitudes y deseos con el testimonio de este gran maestro espiritual que es nuestro santo trapense. En nuestra meditación no solo interviene la inteligencia, también lo hace el corazón, que es quien nos lleva a Dios, con prontitud y alegría y aumenta nuestro gozo espiritual.

Elegido el lugar para realizar nuestra meditación, en la postura

corporal más apropiada a cada uno, cerramos los ojos, hacemos silencio interior y con humildad, y brevemente, nos dirigimos al Padre para que nos lleve a su presencia. Tomamos conciencia del momento en que nos encontramos y apartamos cualquier tipo de pensamiento para *estar* con Dios. Nos recogemos en nuestro interior.

Hacemos la lectura del texto elegido, de manera atenta y sosegada, saboreando, una y otra vez, todas y cada una de las palabras. Una vez interiorizado y comprendido lo volvemos a leer. Si es solo una palabra la que ocupa de manera especial nuestra atención, nos centramos en ella y olvidamos el resto del texto. Sentimos lo que hemos leído y entendido.

A continuación, lo leído lo confrontamos con nuestra vida, con el estado espiritual que vivimos en el momento de la meditación. Reflexionamos sobre las enseñanzas que nos ha dejado el texto y nos centramos en lo que más útil nos sea para ser mejor persona, fortalecer nuestra fe y que la vivamos de una manera más consecuente.

Después de esta reflexión pausada llega el momento de asumir resoluciones firmes y concretas, que nos lleven a aplicar los frutos de la meditación. Estas resoluciones o propósitos no deben de ser muy numerosos, para poder llevarlos a la práctica y no caer en objetivos imposibles o inalcanzables. Los cambios que realicemos, las correcciones que llevemos a cabo en nuestra carácter, conducta, comportamiento o forma de vivir la fe, no solo la disfrutaremos nosotros, también nuestro prójimo debe recibir su influencia. La meditación nunca puede ser algo meramente individual, egoísta, que busque nuestra autosatisfacción, pues sería todo lo contrario a los valores del Evangelio.

Tomadas las resoluciones, damos gracias a Dios. Abrimos los ojos y llenos de su Amor hacemos una oración, que bien puede estar dirigida al Espíritu Santo que nos ha guiado en todo este tiempo. Nos levantamos, hacemos un gesto de saludo ante la imagen que tenemos delante y terminamos nuestra meditación. El resto del día ya sabemos que tenemos que estar muy atentos y despiertos para poner en práctica los propósitos que hemos hecho, pues de lo contrario estamos perdiendo el tiempo y engañándonos a nosotros mismos.

ALGUNOS TEXTOS DE RAFAEL

De los numerosos textos de Rafael que podemos utilizar en nuestra meditación diaria durante una semana, nos vamos a servir de estos siete, que considero son muy apropiados para iluminar nuestro corazón.

1. Para mí, lo primero es Dios.

“... Para mí, lo primero es Dios, y con su ayuda lograré vencer las criaturas, y si luego lo único que le puedo ofrecer, es un corazón ensangrentado, es porque así Él lo ha querido..... No cuento con mis fuerzas, pero con la ayuda de Dios y de la Santísima Virgen, todo se hará...” (17 diciembre 1933).

2. No tener más deseos que los de Dios.

“Y el estar colgado de la mano de Dios, es la gran felicidad de la tierra....” (17 abril 1936).

3. Caminos distintos.

“Y esta mañana, desde la ventana de mi habitación, pude ver claramente el contraste y un hecho muy curioso: en el mundo, debido a que todos hablan a la vez, nadie se entiende, y solamente se oye el ruido de un motor; y en cambio, aquí nadie habla y ¡se entienden tan bien! Pero la explicación es muy clara, los primeros hablan con el mundo a gritos, y los segundos hablan en silencio a Dios” (Septiembre 1931).

4. El que busca a Dios lo encuentra.

“He leído no sé dónde que el que busca a Dios, le encuentra... Lo único que importa es buscarle, y una vez que se le ha encontrado, te aseguro, que no hay penas, ni alegrías, no hay nada.... No hay más que Él que lo llena todo y todo lo inunda” (7 diciembre 1933).

5. Desprendimiento para acercarnos a Dios.

“Cuando un alma es llamada por Dios, la quiere tan desprendida de todo, que hasta del consuelo material de las criaturas la despoja, y cuando el alma se ve sola, desamparada y al parecer privada de todo..., entonces es, cuando a mi entender, Dios está más cerca de ella y, entonces se oye con más claridad la voz de su divina voluntad” (1 enero 1934).

6. La verdadera felicidad está en Dios.

“No os preocupéis del mundo y sus negocios, no os inquiete el porvenir, dejadlo en manos de Dios; Acudid a Dios y en Él hallaréis paz, primero aquí en la tierra y después en el cielo” (1 abril 1934).

7. Que feliz es vivir con Cristo.

Con Jesús a mi lado, nada me parece difícil, y el camino de la santidad cada vez lo veo más sencillo. Más bien me parece que consiste en ir quitando cosas, que en ponerlas. Más bien se va reduciendo a sencillez, que complicando con cosas nuevas” (10 abril 1938).

Cada uno debe elegir aquellos textos de San Rafael que más se amoldan a su propia situación particular, teniendo la certeza que serán una magnífica ayuda para hacer una meditación espiritualmente fructífera. En sus escritos encontramos varios temas que se repiten frecuentemente y que son muy adecuados para meditar: alabanza a Dios, abandono en sus manos y cumplimiento de su voluntad; Cristo, María, fe, eucaristía, cruz, vocación, silencio, soledad, enfermedad, oración, trabajo, dolor, negación y alegría.

Debemos encontrar nuestro propio ritmo de meditación, el lugar, la postura, la frecuencia y la duración que mejor se adapte a nuestras necesidades, perseverando siempre ante cualquier dificultad (falta de atención, rutina, tedio, ansiedad, agitación mental o falta de resultados inmediatos) que siempre van a ser una compañía muy molesta. No podemos caer en la tentación de abandonar la meditación por cualquiera de estos motivos.

Los frutos pueden tardar en llegar, pero al final, llegarán y sentiremos la presencia activa, viva y amistosa del Dios. Esta perseverancia, nos puede llevar, si así Él lo quiere, a repetir, cómo Pedro durante la Transfiguración de Jesús en el Monte Tabor, y verse deslumbrado por la Luz que emanaba de su cuerpo: “¡Señor, qué bien estamos aquí!” (Mt. 17, 4).



La fe del Hermano Rafael

Conchi Santos

**“Pasa junto a mí y no lo veo,
se desliza a mi lado y no me doy cuenta” (Job, 9,11)**

Escribir algo tan oscuro como “creer lo que no vemos”, humanamente hablando supone mucho esfuerzo e imaginación; pero aquí la ciencia humana no cuenta, todo queda pequeño ante la grandeza de una Virtud Teologal y que Cristo en su Palabra nos enseña en multitud de ocasiones y momentos de la vida. “*Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*” (Mt, 9,6). Si el paralítico le hubiera faltado la fe no hubiese entrado en su casa con la camilla a cuestas. Todo móvil del Señor es la fe. Y quizá somos tan tontos, que ni se nos ocurre pedirselo.

Nuestro Hermano Rafael la vivió hasta la consumación; porque la hizo vida y todo era ver sin mirar, creer sin ver. “*Nada os tengo que decir pues mis palabras son pocas para expresarlo todo, y lo único que puedo deciros es que yo no he hecho nada; pues Dios nuestro Señor lo ha hecho todo*”.

¡Qué enseñanza más profunda dejarse guiar en la oscuridad, sin ver luz ni camino, sino con la seguridad de su fe! Él ha abierto en su vida monástica un camino de fe. El único camino que el cristiano ha de seguir (aunque no quiera). Pues no hay otro que con más facilidad pueda crearse. No se puede ir fuera del camino; perderíamos rumbo. Nuestro Hno. Rafael supo decir sí. Hay muchas clases de caminos, pero él solamente cogió uno: “*Señor, nada os pido, porque ya lo tengo todo que sois vos*”.

Fe profunda en el Señor que no lo ve pero cree y en él se abandona, porque se hace el ciego para que ponga más cuidados y atenciones. Inteligencia de Santo que nos enseña un camino fácil, ancho, sin fin, pero seguro: “*Si vosotros supierais cómo me quiere y de qué manera me ha sostenido y me está sosteniendo*”.

Aquí está ejercitando de nuevo la fe. No ve a ese Jesús que le da la mano y estamos en sus mejillas un beso, y no siente en sus hombros la protección de sus brazos. Pero él cree y con ello se siente dichoso, contento, alegre. Y siembra su camino oscuro en fe en un canto de alabanzas:

“Todo se reduciría a alabarle sin cesar y a bendecirle y ensalzarle y entonar continuamente un glorioso canto de acción de gracias y de agradecimiento”.

Espiritualidad de San Rafael, ¡qué oscura eres y al mismo tiempo qué alegre! A mayor oscuridad, mayor alegría. El niño siempre está contento y alegre, porque sabe de quién se fía. De ahí le nace ser fiel en el camino; no mirar atrás; porque el caminante ha de seguir, seguir, seguir...

“Si tú me admites, voy. Si tú quieres puedes sanarme... No me importa que el camino por donde me lleves sea difícil, sea abrupto y esté lleno de espinas. No me importa si quieres y muero contigo en la cruz... Voy, Señor, porque eres tú el que me guías. Eres tú el que me prometes una recompensa eterna... Eres tú el que llena mi alma”.



San Rafael ha llegado a la plenitud de su fe. Ya no encuentra obstáculos en su camino. Todo es suave, porque sabe de quien se ha dejado guiar.

¡Qué fácil vio esta vida nuestro Hno. Rafael! Porque vivió a tope su fe, se dejó conducir sin medir el tiempo, sin prisas, sin inquietudes... Con un solo lema: *“Solo Dios y saber esperar”*.

Que sepamos aprovechar tantas oportunidades. Las mismas que él tuvo; pero que no dejó escapar ninguna.

San Rafael, ¡qué bien lo supiste hacer! Cuanta más oscuridad más luz, porque te agarraste a la primera Virtud teologal para terminar en el AMOR: *“Aún el sufrimiento y el dolor es paz, pues se sufre por amor”*.

Rafael fue un alma grande que dejándolo todo, encontró el gran tesoro de su vida. Contemplar las maravillas del Señor en alabanza con gozo constante en el corazón. Como constante fue su fe y con ella supo esperar y amar.

HABLANDO DE SAN RAFAEL ARNAIZ CON...

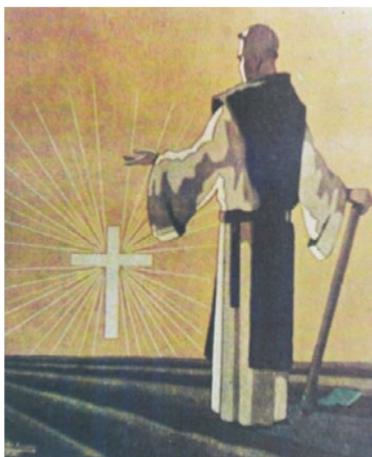
Dámaso Caminero

Diácono permanente de Madrid, padre de familia
y co-fundador de las “Fraternidades Jerónimas”.

1.- ¿Cuándo tuviste la primera noticia sobre Rafael?

La primera noticia, sobre quien en aquel momento era un simple oblato trapense, con fama de santidad, la tuve siendo novicio dominico en el convento de Ntra. Sra. del Rosario de Almagro (Ciudad Real), en el año 1976.

Leía entonces para mi formación el conocido libro sobre *La vida religiosa*, del P. Royo Marín O.P.; y se proponía en el tema de *El trabajo del religioso*, “una página admirable de Rafael Arnaiz, el bravo muchacho burgalés...”; página que con sublime sencillez comenzaba así:



Ora et labora

“*Las tres de la tarde de un día lluvioso del mes de Diciembre*”

Aquella página marco desde entonces toda mi vida espiritual, para meditar sobre el trabajo, sobre la obediencia, sobre el pecado, sobre la tentación, sobre la humildad, sobre la obediencia..., texto que en sí mismo es todo un tratado de espiritualidad compuesto con un relato sencillo

2.- ¿Qué te llamó más la atención de su vida?

A partir de ese encuentro con Rafael, me interesé por conocerle y fue un gran choque el encontrarle con alguien con una vida normal, incluso de éxito; que en un momento tiene el encuentro con la persona de Jesús y eso “desbarata” todos sus planes vitales

y le obliga a entregarse de manera absoluta a ese encuentro personal, con una radicalidad que sorprende por su sencillez...”solo Dios”. Encuentra en la Trapa ese lugar para el encuentro y con la radicalidad de la sencillez o la sencillez de la radicalidad, toda su corta e intensa vida será respuesta al encuentro con la Palabra hecha carne.

Su ejemplo se convertiría para mí en un motivo de inquietud espiritual, por la gran desproporción de cómo algunos viven su fe y como la vivimos otros... Desasosiego que mantengo hasta hoy, pero que lejos de producir desánimo se convierte en aliciente de que desde la sencillez de la vida a la que hemos sido llamados, se puede responder a nuestra llamada particular.

Con Rafael aprendemos que es realidad el tópico de que no es necesario hacer grandes cosas, sino que hay que hacer grandes las pequeñas cosas de cada día.

3.- ¿Qué destacarías de su obra?

Sobre su obra, lo primero que se me viene a la mente es el título de una de las obras de Goethe, *Confesiones de un alma bella*.

Su obra escrita destaca por la sencillez de la expresión, lo común de los sentimientos que refleja, la sublimación de todo lo humano que al tamizarlo con los ojos de la gracia, adquiere una dimensión que nos sorprende, pero que todos podemos alcanzar; su obra por su cercanía pareciera que hace fácil el camino de la santidad y ese es uno de sus mayores logros: no es que nos acerque a Dios, sino que nos hace ver lo cerca que estamos de Dios.



4.- ¿Crees que tiene actualidad? ¿Qué nos dice hoy Rafael?

Nada más actual que lo eterno y nada más actual que lo contracultural.

Como dice una canción muy actual de Macao, *Volver al origen no es retroceder, quizá sea andar hacia el saber.*

Cierto que parece que no son tiempos para la entrega, la fidelidad, el amor desprendido..., pero no es menos cierto que todo ello también se manifiesta como carencia, nadie parece tenerlo, pero todos lo desean.

Ya sabemos que ante la angustia vital que vivimos, la medicina lo soluciona con Prozac, los posmodernos nos aconsejan que más Platón y menos Prozac; pero el gran Agustín nos hará ver que hemos sido hechos para Dios y nuestro corazón no descansará hasta que vuelva de donde salió..... Así lo vio con claridad el Hermano Rafael y su obra es un regalo para el mundo.

5.- ¿Quién es para ti Rafael?

Ante el gran reto de imitar a Cristo, los santos nos enseñan que podemos hacerlo y San Rafael Arnaiz, nos enseña que es posible para todos, desde el lugar más sencillo y desde nuestras limitaciones.

Desde los últimos puestos (él fue solo oblato), desde una frágil naturaleza (él siempre estuvo enfermo), desde la normalidad y/o grandiosidad de ser hijo de Dios todo es posible, porque en el camino hacia la santidad no estamos solos.



Letanías de San Rafael Arnaiz (VI)

P. Victorino Blanco Mayo, OCSO, (1928-2020)

12. INMERSO EN LA PRESENCIA DIVINA

Por su inmensidad y su omnisciencia, Dios está siempre presente en el hombre, sea éste lo que sea, santo o pecador. Nadie puede librarse de esa presencia de Dios. Él nos conoce a todos, lo ve y escudriña todo, ya que Él está presente a toda la creación, obra de sus manos. A este nivel, cuando en la vida espiritual hablamos de “ponerse” o “actuarse” en la presencia de Dios, no tiene ningún sentido.

Pero hay otra clase de presencia de Dios en nosotros. Presencia de gracia, de fe y de amor. Dios Padre, que nos hace hijos suyos por Jesucristo, Jesús amigo y hermano nuestro. Dios habitando en nosotros, dentro de nuestro propio corazón: “¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? El templo de Dios es santo, este templo sois vosotros” (1Co 3,16).

Cuando en la vida espiritual hablamos del ejercicio de la presencia de Dios, de ponerse o actuarse en su presencia, nos referimos a esa presencia amorosa y consciente de Dios en nosotros: nos ve, nos ama, está y vive con nosotros, y nosotros le amamos, le buscamos, le deseamos, vivimos en intimidad con Él: “Mi Dios y mi todo”. Vida de Dios en nosotros, vida de la gracia, que es eso: participación de la vida divina. Dios es amor.

La vida del verdadero cristiano debe desarrollarse en este ambiente. Debe ir creciendo en la vida de Dios. Así se hicieron los santos, no sin esfuerzo, hasta conseguir la presencia de Dios intensamente en toda su vida, incluso hasta vivir “inmersos en la Presencia divina”.

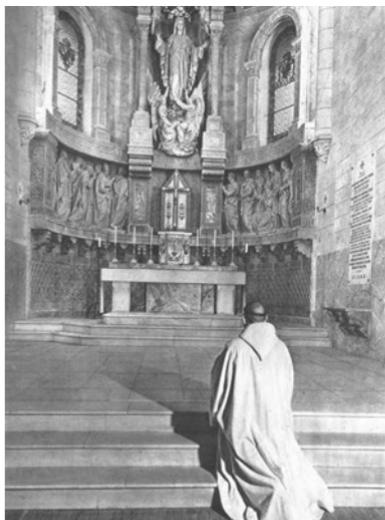


Escuchemos a Rafael en el siguiente pasaje, que revela un alma bastante adelantada, pero aún no perfecta:

“Señor, Vos sabéis que aunque este es mi deseo, cuántas y cuántas veces me olvido de que existes y me porto como si Tú no me vieras... Cuántas veces al cabo del día he hablado sin tenerte presente y me he ocupado en mil quehaceres que, aunque no son malos, como no te los he ofrecido, pierden su valor. Señor, si Tú lo eres *todo*, ¿cómo es posible que yo, aunque sea por un momento, te olvide?... ¡Ah! Señor, si sólo fuera olvidarte, menos mal, pero ¿y el ofenderte?... Permittedme estar en tu Presencia y ojalá tuviera las lágrimas del rey David que, al ponerse en tu presencia recordaba su pecado, la angustia le oprimía el pecho y no hallaba descanso de tanto llorar en su lecho...

Señor... aunque estoy ocupado en mil cosas y menesteres, mi espíritu lo tengo en Vos, y si alguna vez me distraigo y las criaturas me apartan un solo momento de Ti, tened en cuenta que soy débil..., que soy un hombre lleno de imperfecciones. Mi deseo es veros en todo lo que me rodea, no pensar más que en tu Amor infinito hacia mí, y tenerte siempre presente, lo mismo en el sueño que en la vigilia, cuando río y cuando lloro, que todo lo encamine a tu fin, y que me falte todo menos Tú, pues teniéndote a Ti lo tengo todo”.

Vemos los grandes deseos de Rafael de meter a Dios en toda su vida, en medio de las ocupaciones. Era muy consciente de la



importancia de tener a Dios siempre presente. Y lo que siente vivamente y lamenta ese olvido en el que a Dios le tienen los hombres: “Una sola cosa -dice- me hace sufrir en el mundo... es el olvido de las criaturas a su creador”.

Al leerle fácilmente sorprendemos a Rafael en vuelo místico con san Juan de la Cruz -aunque él diga que sólo rastrea-, anhelando que el Amado le desvele su presencia:

“¡Ah! hermana, ¡qué feliz soy! Qué oculto tengo a Jesús, con qué ansias le pido que me ‘descubra su presencia’, aunque no lo pueda resistir y me ‘mate su hermosura’...

¡Qué bueno es el Señor! ¡Qué ansias de amar a Dios siempre!, siempre, sin distracciones, sin ruido, en la humildad de mi hábito de oblato trapense. ¡Qué feliz voy a ser, con mi cruz o sin ella pero con Jesús!».

Rafael ve a Dios en todo:

“En todo está Él. En el coro, en el campo, en el trabajo, lo mismo que cuando comemos o cuando dormimos. Debemos ver al Creador en todo lo que nos rodea, sea hermoso y agradable, o feo y repulsivo. Todo es obra suya. La cuestión es ver a Dios en todo. Si de veras lo hacemos así y conseguimos que nuestra vida sea toda para Él, y Él el todo en nuestra vida, habremos conseguido la verdadera paz del corazón y estaremos más cerca del cielo que de la tierra”.

Rafael experimenta la bondad y la dulzura de vivir siempre con Dios y su alma siente en lo profundo su presencia. Veamos el siguiente pasaje del 4 de marzo de 1938, a mes y medio de su muerte:

“Insensatos y necios, que buscáis a Dios donde no está. Escuchad y asombrados. Dios está en el corazón del hombre... Yo lo sé. Pero mirad, Dios vive en el corazón del hombre cuando este corazón vive desprendido de todo lo que no es Él, cuando este corazón se da cuenta de que Dios llama a sus puertas, y barriendo y limpiando todos sus aposentos se dispone a recibir al único que le llena de veras.

Qué dulce es vivir así, sólo con Dios dentro del corazón. Qué suavidad tan grande es verse lleno de Dios. Qué fácil debe ser morir así. Que poco cuesta... Mejor dicho, nada cuesta hacer lo que Él quiere, pues ama su voluntad y aún el dolor y el sufrimiento es paz, pues se sufre por amor. Sólo Dios llena el alma y la llena toda. No hay criaturas, no hay mundo, no hay nada que la turbe. Sólo pensar en ofenderle y en perderle la hace sufrir.

Que vengan los sabios preguntando dónde está Dios. Dios está donde el sabio con la ciencia soberbia no puede llegar. Dios está en el corazón desprendido, en el silencio de la oración, en el sacrificio voluntario al dolor, en el vacío del mundo y sus criaturas... Dios está en la Cruz, y mientras no amemos la Cruz, no le veremos ni lo sentiremos. Callen los hombres, que no hacen más que meter ruido”.

Los antiguos monjes y anacoretas utilizaban este dicho como expresión del profundo sentido y contenido de su celda monacal: “De la celda al cielo”. Es como vivir ya, por el amor, en el cielo. En la celda del monje está Dios presente, y él goza de su compañía, en la esperanza de volar pronto al cielo de arriba: “De la celda al cielo”.

13. ENSIMISMADO EN LA ORACIÓN

Esta invocación está muy próxima a la anterior: “Inmerso en la Presencia de divina”. ¿Cómo imaginar esta presencia viva en el alma separada de una vida de oración? Esta conduce necesariamente a aquella. Vivir la presencia de Dios en nosotros ya es la mejor oración.

Se han dado muchas definiciones de la oración: elevación de la mente a Dios, oración de petición, de alabanza, de acción de gracias, hablar con Dios simplemente. Traigamos la definición de santa Teresa de Jesús como síntesis de todas: “Oración no es otra cosa que hablar con Dios, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama”.



Rafael no se detuvo a darnos definiciones de la oración, pero la oración fue para él un elemento vital y constante en su vida. Todos sus escritos respiran oración. Él mismo lo anota: “Mi escritura muchas veces es oración”, “Mis escritos son oraciones a Dios”.

Desde su infancia Rafael vivió un cierto ambiente de oración, consciente de los valores espirituales y de acuerdo con los mandamientos de Dios y de la Iglesia: Santa Misa, prácticas de devoción como el Rosario, visitas al Santísimo Sacramento, Comunión a lo menos semanal, rezo del oficio de la Virgen, pertenencia a congregaciones marianas, etc. Rafael vivía consciente de estos valores sagrados y en la práctica de los mismos no era víctima de la rutina y la costumbre.

Este ambiente cristiano, Rafael lo conservó íntegro antes de entrar en el monasterio, incluso en su servicio militar, hasta invitar a los compañeros de guardia a rezar el Rosario, seguido por ellos con gusto... Al visitar por primera vez la Trapa, recibió un fuerte impacto en cuanto a esto de la oración.

La impresión recibida en su primera visita al monasterio tiene que ver, sobre todo, con la oración de alabanza, que para él era una novedad: alabanza coral con las inclinaciones profundas de los monjes, postraciones, etc., que en el mundo no se prodigan. De hecho él, donde se sentía más feliz era tomando parte en el coro con la comunidad... Algo que añoraba vivamente cuando estaba fuera del monasterio.

En los tiempos libres, en su vida dentro del convento, se pasaba grandes ratos en la capilla ante el sagrario, y él mismo confiesa lo que le costaba arrancarse de junto a Jesús sacramentado y salir fuera de la iglesia.

Rafael, como todos los místicos, habla de la sencillez de la oración cristiana. Lo esencial está en el amor; de ahí sale todo. En carta a su tía le dice:

“Amando a Dios ya tienes oración, aunque no lo creas. Tú no necesitas revolverte el cerebro para orar ¿verdad? ¿En qué consiste tu oración? Pues en actos seguidos de amor a Dios, hasta que un día esos actos separados se convierten en uno solo, y entonces de veras quedas inflamada: entonces, como te digo, nada preguntarás... Del amor a Dios sale todo. Verás cómo, si perfeccionas ese amor, que es tu única vida interior, lo demás no tiene importancia... Ese mismo amor te hará ser humilde, mortificada, caritativa. Te hará ser santa, santa por amor”.

Rafael habla con cierta frecuencia en sus escritos del agua que “bulle” en su interior como borbotones, que recuerda el manantial que brota con fuerza del fondo de la tierra. Es una oración dulce y terrible al mismo tiempo, que él no resiste.

“Entiéndeme, si le miro, me deshago... Si contemplo su amor hacia mí, me entra un no sé qué... No te sé explicar... Quisiera dar gritos, ¿me entiendes?”.

Al final de su vida, la oración de Rafael recuerda a la de Jesús en Getsemaní y en la cruz. Oración auténtica, pero menos vistosa, casi sin sentimientos. Aparentemente es una oración muy pobre, y así lo siente él. Lo que él tiene claro es el amor, que le lleva a poner los ojos en Cristo, olvidándose de sí mismo. Le parece que no hace nada en su oración y, sin embargo, sale de ella con un gran deseo de amar: a Dios y a todos... su oración, de activa se convierte en pasiva: Se abandona totalmente a Dios.

Este abandono en Dios le libera de las cosas, por muy atractivas que sean para los sentidos. Vive con despojo total de todo lo creado, con aspiración fuerte hacia el cielo. En este propósito comunica a su tía la siguiente escena doméstica:



“Mi padre y Leopoldo están oyendo un concierto (en la habitación contigua a la de Rafael). Hasta aquí llegan claramente las notas del piano... Si vieras qué pobre me parece ahora la música, antes que tanto me gustaba ¡Qué será el cielo, Dios mío! Ya queda poco, ¿verdad? No te apures por nada, todo pasa... Ya verás allí cuando estemos de veras con nuestro Jesús... A veces tengo una impaciencia... no lo puedo remediar... Somos extranjeros sobre la tierra, y ¡cuánto tarda el Amado en llegar!

Cada día soy más feliz en mi completo abandono en sus manos... Amo entrañablemente sus designios y eso me basta. Soy un pobre hombre ignorante de lo que me conviene y Dios vela por mí como nadie puede sospechar”.

En ese abandono total dejamos a Rafael, feliz incluso con sus sufrimientos, contento de sufrir abrazado a Cristo crucificado:

“Esté siempre, Señor, a la sombra del duro madero. Ponga allí a tus pies mi celda, mi lecho. Tenga yo, Señor, allí mis delicias, mis descansos en el sufrir. Riegue el suelo del Calvario con mis lágrimas. Allí, a los pies de la Cruz, tenga mi oración”.

14. MAESTRO EN LA LUCHA ASCÉTICA

Comenzamos con un episodio en la vida de Rafael que nos introduce en el tema. Después de la primera salida del monasterio por su enfermedad, recuperada bastante su salud, se fue con su madre y su hermana Mercedes, gravemente enferma, a vivir en Torrelodones, cerca de Madrid, para atender mejor a la niña.

En esto, Rafael tuvo que ir al aeropuerto a recoger a su hermano Luis Fernando, que regresaba de Bélgica. Lo cuenta su madre en *Vida y Escritos*: “Rafael, impecable en su indumentaria, conduciendo su coche con consumada pericia. ¡Quién podría decir al verle, que aquel muchacho elegante, con el pitillo en sus manos enguantadas, alegre y decidor, llevaba en sus carnes un duro cilicio, y que bajo aquella frívola apariencia se ocultaba el trapense austero, el férvido apasionado del silencio monacal, porque éste le acercaba a Dios!”.

Seguimos con una carta de Rafael a su tío el duque de Maqueda, poco después de su primera salida por enfermo. Sin pretenderlo, aquí nos da un trozo de su autobiografía y al mismo tiempo nos describe su disposición ante el sacrificio:

“Yo era demasiado feliz en la Trapa. Te aseguro que la vida es dura, muy dura, pero se tiene a Dios tan cerca que la austeridad de la Regla no se nota. Yo respiraba alegría por todos los poros... Mi única ilusión era Dios, y le sentía tan cerca que lo olvidaba todo. También es verdad que, al principio, me costó algunas lágrimas, pues al fin y al cabo soy una criatura humana con corazón y sentimientos, y hay cosas que no se pueden remediar...

Recuerdo los primeros días de postulante cuando salíamos al campo en una fila. Cada novicio con su azadón y yo el último. Nos encaminábamos en silencio a las viñas... Un frío terrible, la tierra dura de la helada y además, con un sueño que apenas me podía tener... Nos distribuía el jefe de trabajo, nos persignábamos, rezábamos un Ave María y a trabajar.



Recuerdo los primeros días de postulante cuando salíamos al campo en una fila. Cada novicio con su azadón y yo el último. Nos encaminábamos en silencio a las viñas... Un frío terrible, la tierra dura de la helada y además, con un sueño que apenas me podía tener... Nos distribuía el jefe de trabajo, nos persignábamos, rezábamos un Ave María y a trabajar.

Pues bien, más de una vez, en aquellos días, regaba los terrones que arrancaba con mi azadón, con unos lagrimones del tamaño de naranjas. Pronto reaccionaba, me acordaba de la pregunta que se hacía nuestro Padre San Bernardo: ‘Bernardo, ¿a qué has venido?’. Redoblaba entonces mis fuerzas en el trabajo, y si alguien hubiese estado cerca de mí, me habría oído cantar una cosa que empieza así: ‘Virgen del Santo Recuerdo que nunca te podré olvidar’... Eso era para mí el gran remedio, el cantarle a la Virgen... ¡Si vieras cómo me ha tratado la Señora! Nunca sabremos bastante lo que nos quiere María”.

Antes de seguir el discurso de Rafael, oigamos dos testimonios de compañeros de noviciado. Uno de ellos dice: “Recuerdo perfectamente aquellas tardes de duro trabajo para los monjes. Estaba arrancándose una viña, y allí se veía a nuestro santo Hermano, acostumbrado a las blandas butacas, a la vida de colegial... tomar

con sus delicadas manos el azadón y cavar como los demás. Al llegar al ratito de descanso caía rendido, hasta que de nuevo se daba la señal para reanudar el trabajo”.



El segundo testimonio es de otro compañero de noviciado, que confiesa el juicio que él había hecho sobre Rafael al verlo tan elegante en sus maneras, con unas manos de alabastro transparentes: “Este, no dura ni un día en el monasterio”. Los hechos demostraron lo contrario...

Sigamos con el discurso de Rafael escribiendo a su tío el duque de Maqueda:

“Otro día también cogí una perra, ¿sabes por qué? Cada vez que me acuerdo me río... Pues sencillamente que una mañana,

a las cinco, se me juntaron el hambre -estábamos en cuaresma-, el sueño y el frío, y entre los tres le dieron tal paliza a este miserable cuerpo, tan acostumbrado al regalo, que le hicieron saltar lágrimas... Te aseguro que cuesta dominar la carne, pero con la ayuda de Dios tan grande que tienen los trapenses, se hace de ella lo que quieres... Yo estoy convencido: sin una gracia muy especial, el trapense no podría vivir”.

Rafael reconoce que tiene una sensibilidad exagerada, que le puede hacer saltar en cualquier momento. Pero supera este peligro mirando a Cristo:

“Estoy como una guitarra muy bien templada que a la menor sacudida de aire o al menor roce, las cuerdas vibran... Debo hacerme fuerte; las almas entregadas a Dios de veras, no lloran si algún hombre les ofende... ¿No flagelaron a Cristo?”.

En la siguiente reflexión que hace Rafael en Apología del trapense se echa de ver fácilmente que es verdaderamente un maestro y experto en la lucha ascética como tal, sabe descubrir las tretas del mundo, enemigo del alma, para filtrarse en todas partes incluso en los conventos. Pero Rafael no se deja engañar:

“Claramente se ve la incompatibilidad del amor a Dios con el espíritu de mundo. Por eso, cuando oigo decir que es lo mismo servir a Dios en el claustro que en el mundo, no puedo menos de sonreírme, pues veo claramente que el mundo es un enemi-

go de Dios, y con un enemigo de Dios no se puede hacer ningún pacto, por pequeño que sea, ni ninguna concesión, pues si se le concede como uno, al poco tiempo se ha tomado como dos, después como tres y por último estamos llenos de él.

El espíritu del mundo se filtra en todas partes, y sin darse cuenta entra en la familia, domina en la sociedad, en los juicios y opiniones, en las ideas e incluso en el modo de ver a Dios... Se filtra incluso en los conventos. Por esa sutileza que le caracteriza es por la que es peligroso... Se ve con mucha frecuencia almas muy santas... pero aún dominadas en parte por el mundo; se ve incluso en sermones y predicadores, en seglares y en religiosos... Y el que se deja influenciar por él no se da cuenta”.

Quizás no todos estemos de acuerdo en considerar como almas santas si se dejan influenciar por el mundo. En todo caso admira la clara visión y el hilar fino de Rafael. Él compara lo que le ofrece el mundo con lo que le ofrece Dios. Además, en esta lucha tiene a su favor un paladín invencible: La Virgen.

Rafael, que viene del mundo rodeado de toda clase de comodidades, vive ahora en renuncia, lo cual le acarrea naturalmente sufrimiento y la pobreza se le hace muy cuesta arriba. Con la gracia lo supera todo:

“Yo sufro mucho..., sí. Algunas veces es muy grande la carga que me han echado en mis débiles y enfermas espaldas... Miro hacia atrás y... es tan duro vivir en pobreza para el que tuvo de todo y de nada careció... Miro hacia delante y me parece tan empinada la cuesta que tengo que subir. ¡A veces se oculta Jesús tan profundamente! Mi vida se ha reducido a una continua renuncia en todo, y eso no es fácil a una criatura tan frágil y quebradiza como yo... Por eso sufro... sin embargo, ¡Oh maravillas de la gracia divina! Comprendo porque sí, que es obra de la gracia lo que me ocurre”.

Rafael añora constantemente la Trapa cuando está fuera, y una de las razones son sus deseos de penitencia y su amor a la cruz:

“Sí, hermano, sí, tengo ya ganas de volver a tirar el pitillo, la cama blanda, la radio, el jerez a las once y mis paseos tomando el sol. Tengo ya ganas de hacer lo que no me gusta hacer...”.

Pero la cruz se hace presente con frecuencia en la práctica de



VIAM VERITATIS ELEGI... PS. CXVIII V. 5^o

la oración, incluso a niveles altos de la misma: sequedades, tinieblas interiores... En *Meditaciones de un trapense* hay un capítulo que Rafael titula así: “No todo es llegar y vencer”. Rafael se muestra, una vez más, como auténtico maestro en la lucha ascética:

“El trapense vive más para el cielo que para la tierra, esto es verdad, más aún: está en la tierra, y mientras camine por este valle de lágrimas ha de sostener su espíritu para que no decaiga, muchas veces haciéndose violencia y también en esto cumple con alegría una ley de Cristo que nos impone para ganar el Reino de Dios.

No..., no todo es paz y dulzura en la vida del monje. No siempre está nuestro espíritu por las altas regiones de las consolaciones de la oración... El hombre viejo algunas veces resucita y nos da guerra. La vida pasada con tantos recuerdos no se puede olvidar de un golpe, aunque uno quiera.

No todo es llegar y vencer. La vida eterna por la que el alma suspira día y noche, no se consigue más que por la renuncia, el sacrificio y abrazándose a la cruz de Cristo... Ese es el único camino, el camino que sigue el religioso. Le mantiene la esperanza, es guiado por la fe y alumbrado por la caridad.

Pero cuando Dios permite que la fe se oscurezca, que la esperanza se pierda y la caridad se debilite, ¡ah! entonces... Cuando se encuentra el alma con su cruz a secas, las tinieblas la rodean y sus miserias y flaquezas la persiguen... ¡ah! entonces es cuando se ve el martirio de la vida religiosa... Entonces es cuando Dios prueba a las almas, y entonces es cuando son necesarias la ayuda del cielo y la protección de María...

Luchemos día tras día, sin desanimarnos, unas veces con el alma arrobada en su amor, y otras, triste condición humana, caminando a ras del suelo.

Adelante, todo por Jesús y siempre con María”.



Así vivió Rafael en la Trapa

(XII)

P. Alberico Feliz, ocs. (1922-2020)

1936. Rafael entra por segunda vez en la Trapa.

El 7 de julio de 1935, habiendo caído enfermo el padre Marcelo León fue nombrado maestro de novicios y oblatos, el Padre José Olmedo Arrieta, con solo 30 años. Era un excelente religioso, pero le faltaba la experiencia del padre Marcelo. Avezado a las costumbres monásticas desde los trece años en toda su austeridad, Olmedo era poco comunicativo, por lo que no llegó a conocer en profundidad a sus novicios.

Con ocho días de anticipación, Rafael le escribe su primera carta del año, el día 3 de enero de 1936, pidiendo que le contestara, para saber lo que tenía que llevar al monasterio: “Ahora solamente le suplico la caridad de que me diga qué es lo que tengo que llevar en cuestión de ropa... Lo que llevé la otra vez me acuerdo, pero no al detalle. Le quiero preguntar si puedo llevar los libros de mi uso personal, de cuestiones de rezos y meditaciones... Serán tres o cuatro, aunque también me puedo pasar sin ellos”.

Como las cartas de los monjes eran en aquel entonces revisadas por el superior, en este caso por el padre abad –decían los Usos: “Solamente el abad faculta para escribir cartas (que serán pocas), y él solo juzga de la oportunidad de las mismas, por eso se le entregarán abiertas” –, Dom Félix Alonso, pone “sí” en la carta original de Rafael, y después de la firma añade: “Traiga los objetos de pintar, por si le hacen falta”. Con

esto, estaba indicando al padre José lo que debía decir a Rafael cuando le contestase.

No debió hacerlo, ya que Rafael, en la carta a su padre del 14 de enero, le pide “los bártulos de dibujo”, ya que el padre abad le había encargado “un trabajo de dibujo lineal”. La sospecha de que la carta del 3 de enero al padre José Olmedo no le llegó hace que le vuelva a escribir el día 7 recordándole –por si acaso se había perdido la carta–, “la ropa que tengo que llevar, y si puedo llevar libros, y cuáles son los que pedía el hermano Ramón, para que yo se los lleve”. Tampoco tuvo contestación a esta segunda carta, por lo que Rafael echaría de menos la delicadeza del padre Marcelo.

Siendo tan cumplido el hermano Rafael, y estando de despedidas, envía una carta a un amigo, por nombre W. Marino del Hierro, que accidentalmente conoció a través del Hermano Tescelino durante los años 1934-1936, y con el que tuvo frecuente correspondencia, que más adelante veremos. El ramillete de cartas que le escribió Rafael nos lo entregó en el momento inmediatamente anterior a su beatificación.

En esta breve carta, del 3 de enero, le dice: “Te escribo solamente como despedida..., el día 8 o el 10, aproximadamente, me vuelvo al monasterio... Excuso decirte lo contento que estoy. (...) Yo aún no estoy curado, y tengo que seguir mi régimen... Allí lo seguiré, y ya no saldré nunca jamás..., si alguna vez te veo, bendito sea Dios, y si no en el cielo”.

Y va a seguir escribiendo todos los días, menos el día 8, a las personas más queridas. El día 3 comienza por su tía María, desahogándose, pero sobre todo para concretar detalles de su próxima entrevista: ha recibido su última carta, que contesta desde el coche; ha dado un paseo por la carretera; irá al dentista por última vez; a las tres de la tarde irá a las Salesas, y a las doce y media hará la Visita (al Señor), pero tiene que interrumpir la carta, ya que “en este momento llegan mis gentes”.

Al día siguiente, día 4, se lamenta: “Ayer me fue imposible el escribirte ni dos líneas; bien lo sentí”, para darle cuenta de la situación: “Quisiera escribirte muchas cosas (...), pero te aseguro que estoy cada día más atontado”. Son muchas las compulsiones que está viviendo, tanto en el campo psicológico como en el espiritual, y se encuentra extraño a sí mismo. “Mis padres y yo hemos decidido que si termino con el dentista el martes, me voy el miércoles o el jueves”.

Todos los lugares eran propicios para comunicarse Rafael con su tía María; si en el momento anterior era en pleno campo, después de haberse dado un paseo, alabando a Dios en sus criaturas, hoy es de nuevo en la sala de espera del dentista: “A veces me paso mucho tiempo esperando, y así lo empleo bien”.

Respondiendo al temor de quedarse “solax” y sin guía, que le ha manifestado en su carta, él le dice: “No te preocupes por lo que dices de quedarte sola. Nadie está solo cuando quiere de veras servir y amar a Dios... Ya verás cómo Él se las arregla para que encuentres una ayuda **si la necesitas**. Fíjate bien, si la necesitas según Él, no **según tú**, ¿me entiendes? Porque nosotras, pobres criaturas, nada de eso sabemos y comprendemos, y generalmente nos equivocamos, creyendo ver necesidad cuando a lo mejor no lo necesitamos”.

Todo lo que hasta aquí ha escrito a su tía, podría encuadrarse en la categoría de ‘dirección espiritual’, aunque con frecuencia, el joven director que es Rafael no haya hecho otra cosa que compartir con su interlocutora los avatares de su propio espíritu, en momentos siempre difíciles para él y llenos de contrastes, pues rara es la carta en la que no deje consignado el estado de su alma.

En gesto de despedida, él anima su tía a dejar los miedos y a no perder la paz: “Estate tranquila, no te apures, el Señor jamás deja solos a sus hijos, y menos a sus hijos más queridos..., y no te quepa duda que de todos sus hijos somos de los más queridos. (...), y no es presunción, ni lo creo por mis méritos, pero estoy firmemente convencido de que el Señor me quiere mucho, no sé por qué”.

Conocemos la preciosa interpretación pictórica que Rafael hiciera de la estrofa tercera del ‘Cántico’, de san Juan de la Cruz, su obra más famosa y representativa, que en otra ocasión comentó con su madre y su tía camino del Santuario de Nuestra Señora de Sonsoles:

“Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras”.

Por eso le dice: “No te detengas, acuérdate que el **no detenerse en las flores** y avanzar en el amor es lo que el Señor nos ha querido demostrar”. El alma que renuncia a las flores y no teme a las fieras demuestra que está enamorada del Amado, que “son sus amores”.

Y para que se lo demuestre prácticamente, le dice con radicalidad: “Mira, hermanilla, si tú crees de veras que yo te he ayudado, estás equivocada. Ya sé que no lo ves así, pero para **completar** la obra de Dios es necesario que pases por encima de mí, que no soy nada... No te acuerdes de mí, más que para alguna vez, pedir..., y si me tienes cariño [que son las **flores** que no hay que coger], quítamelo y dáselo a Dios; no creas que soy duro contigo. Como criatura **humana** que soy,

me cuesta decírtelo, pero como trapense, también humano, pero con un poco más de espíritu de Dios, te lo suplico. Hay que completar su obra. No busques más en mí un consuelo que me veo impotente para darte, y que quisiera que fuera a ese Dios a quien tanto quieres, a quien le pidas ayuda... No esperes **nada** de los hombres, ni aun de los más santos, pues cuanto más pongas en ellos, mayor será el desengaño algún día. Pon tu esperanza en Dios, tu consuelo en Dios y todo tu amor a Dios, y entonces ya verás cómo nada cuesta, ni la soledad, pues la soledad con Dios... quizás, quizás sea **la cumbre del monte**, ¿me entiendes?”

Hablar del ‘monte’ no solo nos recuerda al descrito por san Juan de la Cruz, sino al que Rafael mismo pintara interpretando sus propios dibujos:



- san Juan dice: “El alma que hubiere de subir a este ‘monte de perfección’ ha de renunciar a todas las cosas”, y Rafael se identifica: “En la subida tenemos que ir limando muchas cosas, y tomar otras que nos son necesarias en la ascensión al monte de la perfección”.

Por eso recuerda a su tía no solo el desprendimiento, sino “las nadas” del Santo carmelita:

- “Gloria, gusto, ni eso ni esotro;
- seguridad, libertad, ni eso ni esotro;
- gozos, honra ni eso ni esotro;
- consuelo, ciencia, ni eso ni esotro;
- saber, descanso, ni eso ni esotro;

Tanto más algo serás cuanto menos ser quisieres”. Por eso dice Rafael a su tía que este desprendimiento “quizás, quizás, sea la cumbre del monte”...

De esta cumbre sublime se abaja para contarle lo que está viviendo en plan doloroso: “Estoy esperando carta de la Trapa”, que no llegaría, porque el padre José no le contestó. “Te aseguro que me pongo algo nervioso; no lo puedo remediar; y a veces incluso materialmente me pongo a temblar”.

Por estas frases de Rafael podemos percibir cómo le costó su nuevo ingreso en la Trapa. Solo una generosidad heroica en seguir ese camino pudo darle fuerzas para abandonar de nuevo el hogar y sus comodidades, tan enfermo y necesitado de cuidados como estaba. Le costaba mucho más que la primera vez, porque entonces iba lleno de ilusiones, de entusiasmo, de salud... Ahora todo lo contrario, porque sabe dónde va y lo que le espera. No obstante, quiere ser fiel a la llamada de Cristo,

y suspira por la vida monástica con todas sus consecuencias.

Y aún se abaja más: “Para que veas que soy como quieres que sea, te diré lo que vamos a cenar, [él, su padre y su hermano Leopoldo] (...); no quiero salirme del régimen; una verdura cualquiera, alubias verdes con tomate o repollo cocido (...), un huevo pasado por agua, y después o bien pescado o carne, agua y nada de pan (...). Como ves, es bien sencillo. Si no estuviese enfermo, con la verdura y el vaso de vino me bastaría, te lo aseguro (...). Es la voluntad de Dios que ahora no pueda, pues bueno, muy bien..., humillaré a este pobre cuerpo, tratándole bien. (...) “Lo mismo se puede hacer penitencia comiendo raíces que comiendo pollos... La cuestión es hacerlo todo con mucho amor a Dios. (...) Hazte cuenta que a quien vas a dar de cenar en tu casa es a un pobre hombre que de paso por el mundo se detiene para poder seguir su camino..., no te preocupes”.

Luego reanuda su enfoque espiritual: “Qué pobre hombre soy... Si vieras cómo te agradezco esa delicadeza que tienes conmigo. ¡Que detalles tiene el Señor! ¿No es verdad, hermanilla, que la cruz es suave? (...) No me detengo en las **flores**, pero las huelo y se las agradezco al Señor desde el fondo de mi alma. No todo son espinas, no todo son lágrimas. Lo que pasa es que para la armonía de las obras de Dios hace falta de todo. (...) El Señor hizo la noche, pero puso las estrellas”.

No se trata de hacer guerra a las **flores**, más bien hay que aceptarlas, cuando nos vienen en nombre de Dios y de María, o sea, cuando tienen una motivación sobrenatural; por eso afirma: “Cuando un consuelo se recibe en nombre de Dios y de María, aunque sea de la más vil criatura de la tierra, ese consuelo viene de Dios. No lo rechaces y acéptalo”.

Rompiendo la marcha.

Tampoco el día 5 tendrá mucho tiempo para escribir. Rafael, en este momento, está viviendo en lo más profundo de su alma la triste situación familiar de despedidas: Fernando rompe la marcha y se va a Lovaina, ve triste a su padre, y aunque dice que él está “contento de ver lo suaves que se hacen las penas cuando se refieren y se enfocan a Dios”, entiende que el Señor le ha dado un corazón para dos cosas: “para amarle a Él” y para “sufrir”. Y continúa diciendo: “No sé si he llegado a amar el sufrimiento; creo que no. Pero por otra parte te aseguro que, a pesar de mis lágrimas tan humanas, no me cambiaría por



nadie ni por nada... Soy feliz en medio de mis enormes flaquezas... y cuanto más miserable soy y menos me veo generoso, más amo a Dios, y más me animo a seguir este camino, que a veces a mi propia vista de hombre, algo me aterra Pero luego miro a la Virgen, veo el mundo, contemplo a Dios, y esas lágrimas, por muy amargas que sean, me llenan de paz, pues son por Él, a Él van y entonces..., el mundo me parece pequeño, desaparezco, y que[da] solo Dios... Dios, hermanilla, ¿sabes quién es?"

De hecho, Rafael no ama el sufrimiento, sino que intenta continuamente trascenderlo, interiorizarlo en ese "solo Dios" que tanto le conforta.

Son distintos los enfoques que Rafael da a esta expresión tan característica suya de **"solo Dios"**, aunque bien pudiéramos resumirlos como la manifestación de carácter absoluto de su vocación a Dios. Muy en consonancia con la parábola evangélica del "tesoro escondido", por cuya posesión se vende todo lo demás, Rafael nos habla de "un tesoro maravilloso", que él también ha descubierto: "Mi nueva marcha a la Trapa –escribe a su abuela– no es más que eso, amor a Dios, te lo aseguro". Es el tema del alma absorbida por la "posesión" de Dios.

Cuando el corazón alcanza a percibir o sentir a Dios como su "objeto" propio, experimentándolo como un bien total y absoluto a que espontáneamente aspira, se adhiere a él, e inevitablemente se enamora, y esto de modo tan absoluto y excluyente, cuanto más experimenta el carácter absoluto del Amado.

A medida que el amor-anhelo, ansia o deseo, va siendo más semejante a sí mismo y a Dios, por medio de la purificación, va siendo también más acaparador y excluyente de otros amores y apegos: "Dios es tan absorbente, que acapara toda nuestra atención, y es imposible ver otra cosa".

En su sentido más importante, este **"solo Dios"** se refiere principalmente a Dios como Absoluto:

- unas veces bajo el prisma de que todo lo absorbe y acapara;
- otras, como el que todo lo llena y penetra,
- y finalmente, como el que solo basta, de modo particular en los momentos de completo desvalimiento.

Esta es la perspectiva que nos permite trascender la comprensión del "solo Dios" de Rafael.

El sentido más denso, tal como él lo describe y lo vive, no es tanto de carácter sociológico, sino más bien ontológico; expresa lo "Único necesario", y que realmente lo es, frente a nuestras posibles ilusiones en

sentido contrario: “Dios, he aquí la única cosa que me anima, la única razón de mi vida monástica. Dios para mí lo es todo, en todo está y en todo lo veo”.

Por eso recomienda a su tía en esta carta: “Ten la seguridad que en mis muchas o pocas fuerzas, en el **silencio** de mi Trapa, te estoy gritando: ¡Hermana, ama a Dios... déjate amar y no hagas más!... Alma de Dios que quieres entregarte a Él... ¿a qué esperas? ¿Por qué sufres?... ¿Por qué lloras?... ¿Por qué ríes? Nada de esto te inquiete ni te importe; inúndate en ese amor; sube y vuela hasta Él”.

Y continúa el día 5, vísperas de la Epifanía, pero tan solo con unas breves líneas: la escena central es la despedida de su hermano Fernando camino de Bélgica; ve a su madre triste; espera respuesta desde San Isidro del padre José, que por fin no llega, y por añadidura siente unos dolores de boca tan terribles que apenas daba cuenta de su persona, por lo que pone fin a su carta pidiendo disculpas.

Al día siguiente, día 7, vuelve a escribirla solo una letra, y al encontrarse sin respuesta de la Trapa, escribe también al padre José: “Nada más para decirle que, una vez resueltos todos mis asuntos en Oviedo, no espero más que su carta con las instrucciones que le pedía para ponerme en camino para mi Trapa”. Rafael teme que su carta no haya llegado al maestro de novicios, pero sí llegó al monasterio y se conserva.

El 9 de enero dedica una estampa a su madre pintada por él. El motivo es el mismo que el de la enviada un mes antes a su tía María, aunque con una versión un poco diferente: la Cruz se ve plantada en tierra, en la línea del horizonte, y en el escrito, le expone el lado más atractivo de la vida monástica, apoyándose en la estrofa tercera del ‘Cántico’ de San Juan de la Cruz:

“Queridísima madre... me voy a la Trapa... pero me voy muy contento, porque voy buscando amores, como dicen los versos de san Juan de la Cruz. ¿Qué más te puedo decir? Deseo permanecer un poco escondido de los hombres..., pero para ti siempre seré tu querido hijo, que a los pies de la Virgen María, pretende seguir ese camino que describen los versos de san Juan de la Cruz: “Sin coger las flores y sin temer las fieras”.

Que María nos ilumine, y que Jesús nos



Buscando mis amores,
Irc por esos montes y riberas
Ni cojere las flores
Ni temere las fieras
Y pasare los fuertes y franle
[ras]

dé gracia, para poder llegar a feliz término a nuestro viaje. Así se lo pide para los dos, tu hijo el trapense.

Fray María Rafael, O. C. R.
9 - 1 - 1936

No ha podido escoger mejor frase para manifestarle su propósito de ser monje trapense, pues San Benito, en su Regla, dice claramente que lo primero que tiene que observar el “anciano”, que es el padre maestro es “si el aspirante busca de veras a Dios”, que son los ‘amores’ de Rafael, el ‘Amado’ del alma.....

En el ‘Cántico’, según san Juan de la Cruz, no bastan suspiros ni lágrimas. Es necesario obrar, moverse, buscar..., pues dice textualmente: “El alma que para hallar a Dios de veras no le basta solo orar con el corazón y la lengua, ni tampoco ayudarse de beneficios ajenos, sino que también, junto a eso, es menester obrar de su parte, lo que en sí es. Porque más suele estimar Dios una obra de la propia persona que muchas que otras hacen por ella”.

A pesar de su condición de oblato, cuando el Hermano Rafael se decidió tenazmente a esconderse en la Trapa, sabía muy bien lo que consistía ser monje. Se trata de la “búsqueda de Dios” –idea nunca manida, por más que la repitamos– como imperativo primordial y carisma fundamental. Y aunque pudiera parecer una utopía y una fantasía, el impulso profundo que nos lleva a buscar a Dios y desear encontrarlo y conocerlo, en verdad no es más que la respuesta a una realidad genuina y a una necesidad que llevamos grabada en el corazón y en el alma.

¿Acaso no es una ensoñación “buscar y conocer a Dios”? En Absoluto. Nada más natural, lógico y auténtico. Porque entonces podríamos también preguntarnos si acaso es una quimera buscar la fuente cuando se tiene sed o anhelar al menos un mendrugo de pan cuando se tiene hambre.

Generación tras generación, este fuego devorador del hambre y sed no ha cesado de arder en el corazón humano, pues el deseo de Dios es más connatural al hombre que la luz o el calor para el sol, o que los ríos fluyan hacia el mar. Porque Dios es nuestro ‘hábitat’ natural, nuestro ambiente normal, si es que queremos crecer, florecer y dar fruto, pues:

- en Dios vivimos porque Él nos crea;
- y solo en Él puede descansar en verdad nuestra vida en todas sus etapas, porque Él nos cobija, nos protege y alienta nuestra existencia.

El monje comienza su itinerario hacia Dios e instintivamente se

pregunta a sí mismo qué es realmente lo que busca. Y para la interrogante “qué es Dios” o “quién es Dios”, no quiere una simple respuesta intelectual, sino una contestación vivencial que le dé plena confianza en su búsqueda.

Tal vez Rafael ignorara la definición de aquel campeón del monacato que fue San Teodoro Estudita (759-826), que nos recuerda que el nombre de monje significa “la unificación del hombre por la búsqueda del solo Dios, en la soledad”, y que, derivado del griego ‘monos’ (solo, único), quiere decir a la vez ‘solitario’ y ‘unificado’.

Por lo tanto, según este santo monje oriental, ‘monje’ significa:

- el que mira solo a Dios;
- el que desea solo a Dios;
- el que se dedica solo a Dios
- y el que, no queriendo servir sino solo a Dios, llega a ser forjador de paz para los demás.

Digo que tal vez ignorara Rafael esta definición, pero prácticamente la vivió hasta el heroísmo, pues para llegar a dar con ese ¡solo Dios!, hay que buscarle intensamente, y este fue el imperativo primordial del Hermano Rafael en el que no cejó nunca jamás.

Y “buscar a Dios” no es ir tras un objeto, ni perseguir simplemente un deseo nacido de nuestras carencias, sino ir tras un rostro entrevisto en el fondo más personal, que nos ha fascinado profundamente y sin cuya contemplación ya no se puede vivir. Por eso, buscar su faz es la expresión permanente para indicar que Él es Alguien con semblante y mirada, con parpadeo y ojos que identifican y desvelan, enclavan y retan. Así reza el salmo: “Recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro”.

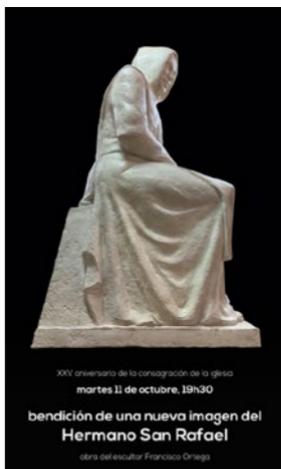
Después de la dedicación de la estampa a su madre a la que nos hemos referido anteriormente, Rafael escribe a su tío Leopoldo estando ya en su casa de Ávila, la estampa que le había enviado con antelación de “Saber esperar” en la que le dice:

“Te quisiera dejar aquí muchas cosas..., pero ¿para qué? Todo lo que tengo, he renunciado a ello..., bien lo sabes, y a Dios ha ido. Acude a Él, y en Él me encontrarás..., no tengo otra cosa que ofrecerte, pues mi cariño humano ¿para qué sirve! Hoy, en este día tan señalado, no puedo decirte nada ni dejarte nada. La Señora lo hará por mí, como Ella sabe hacerlo. ¡Sólo Dios!

Fray María Rafael

Noticias y Novedades

BENDICIÓN DE UNA IMAGEN DE SAN RAFAEL ARNAIZ



El pasado 11 de octubre, coincidiendo con el vigésimo tercer aniversario de la canonización de San Rafael Arnaiz, y dentro del XXV aniversario de la consagración de la parroquia que tiene por titular a nuestro Santo Hermano en la ciudad de Burgos, se bendijo, por iniciativa del anterior párroco D. Emilio Maestre Manzanal, una imagen de fibra de vidrio imitando en piedra de san Rafael realizada por el prestigioso escultor burgalés don Francisco Ortega.

El abad de San Pedro de Cardeña, Dom Roberto de la Iglesia, presidió la Eucaristía acompañado por un nutrido grupo de sacerdotes, fieles y amigos del san Rafael.

Acto seguido, se procedió a la bendición de la imagen momento en el que el autor de la escultura explicó las particularidades de su obra, inspirada en la clásica foto del Hermano Rafael a la entrada de su monasterio, sentado sobre una piedra, encapuchado y con la mirada baja.

La imagen -algo mayor del tamaño natural- ha quedado instalada a la entrada de la parroquia como dando la bienvenida a los feligreses y a toda la gente que pueda acercarse a dicho lugar para venerar al Santo trapense.

Felicitemos a la parroquia del Hermano San Rafael, al actual párroco don Ángel Olalla, y nos alegramos por este acto que demuestra el cariño entrañable del que goza nuestro Hermano.

Felicitemos a la parroquia del Hermano San Rafael y al actual párroco don Ángel Olalla, y nos alegramos de este acto que demuestra el cariño entrañable del que goza nuestro Hermano.



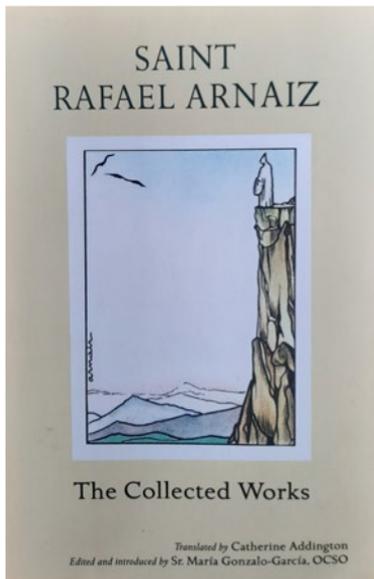
LAS OBRAS COMPLETAS DE SAN RAFAEL ARNAIZ EN INGLÉS

Nos complace comunicar a nuestros lectores la reciente aparición en inglés de los escritos de san Rafael Arnaiz Barón, oblato cisterciense. Era una edición largamente esperada y deseada por parte de lectores y devotos de lengua inglesa.

El trabajo ha sido largo y laborioso pero se ha podido llevar a cabo gracias al esmero, dedicación y paciencia por parte de la traductora y, especialmente, de la Hermana María Gonzalo-García, monja española, profesora del monasterio cisterciense de Crozet en el estado de Virginia, USA.

Tenemos que agradecer también desde estas líneas al Dr. Louis Carnendran, eminente cardiólogo estadounidense, que ha costeadado los gastos de la edición.

El libro de 730 páginas es una edición presentada sobriamente sin descuidar la belleza y sencillez cual merece esta gran obra cisterciense, a cargo de la prestigiosa editorial LITURGICAL PRESS, de Collegetville, Minnesota. Se insertan numerosos dibujos de san Rafael en color y en blanco y negro, así como varias fotos del Hermano Rafael desde su infancia y hasta su vida oblatu trapense. Sor María Gonzalo, introduce, a través de 52 exquisitas páginas, la figura y datos biográficos de nuestro Santo, prestando gran atención a su espiritualidad tan particular y atractiva para cualquier lector de cualquier edad y cualquier tiempo. Deseamos y esperamos que esta edición en lengua inglesa sea fructífera para el mejor conocimiento de san Rafael Arnaiz, y arrastre a quienes lo lean hacia el mejor conocimiento del “Solo Dios” de Rafael.



FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

El Hermano Rafael, a la cabeza de los jóvenes adoradores

Querido Hermano Rafael:

Ya han pasado unos meses de aquel precioso e intenso fin de semana que disfrutamos a la sombra de la imponente cruz del Valle de los Caídos. Recuerdas que, en casa, te decíamos que era la primera vez que íbamos a alojarnos en la Hospedería de la Abadía y que teníamos mucha ilusión al ser el primer Encuentro Nacional de Jóvenes Adoradores al que acudíamos con Carmen, aunque aún fuera en el vientre de mamá Isabel. Además, Clara ya era mayor para esta nueva convivencia de jóvenes adoradores y seguro que disfrutaría aún más que en la del año pasado.

Es sorprendente cómo el Señor se sirve siempre de esta sencilla iniciativa veraniega para hacer crecer en los corazones de los participantes, aunque no seamos multitud, un deseo ardiente de invertir más tiempo en acompañarle en el sagrario o en la custodia. Y no podía ser menos, este año ha vuelto a suceder en el alma de todos los que hemos acudido a su llamada, así lo reconocíamos el último día antes de partir de vuelta a nuestros hogares, en todos los puntos cardinales de nuestra España.

Tu compañía entre los jóvenes ha sido todavía más palpable en esta ocasión debido a la presencia de tu reliquia, depositada para estos días en la capilla de la Hospedería. La serena sonrisa que nos dirigías desde la imagen que acompañaba el trocito de uno de los abrigo que utilizaste en vida nos dejaba entrever la paz y la alegría de la vida eterna, allí donde esperas recibirnos a todos.

Los jóvenes te encomendábamos nuestras necesidades más acuciantes, sabiendo que tú las sabrías acoger y presentar al Señor y a Nuestra Madre. Tú eres joven como nosotros y tu corazón experimentó los mismos anhelos que los nuestros. En tu caso, ahora ya están más que col-



FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

mados. Nos sentimos estrechamente unidos a ti por nuestra común condición de adoradores nocturnos. En Oviedo sentiste la llamada a esta preciosa vocación y en la iglesia de San Tirso comenzaste a vivir con intensidad las vigiliass nocturnas de adoración. En el silencio fecundo de la noche del sábado, ante el Santísimo Sacramento, te pedíamos que nos enseñaras a permanecer atentos y expectantes a lo que Jesús nos quiere comunicar.

No pocas veces nos perdemos en nuestros propios pensamientos y preocupaciones, haciendo oídos sordos a los gritos callados del Amor. Tú supiste enseñar a tu espíritu a estar pronto, aunque la carne sea débil. ¡Ayúdanos a ser capaces de velar al menos esta hora mensual con Él!

La jornada del domingo nos trae noticias antiguas, pero frescas, y bellos recuerdos de lo que fue tu caminar en este mundo. Palabras que podemos encontrar en este boletín y que nos mostraban tu abrazo sincero a la cruz que cada vez se fue haciendo mayor en tu vida. Esa es la mayor enseñanza que nos puedes dar este año Rafael, cómo es posible que el sufrimiento y el dolor sean fuente de vida. Y tú nos susurras: “Sólo puedo decirte que en el amor a la Cruz de Cristo he encontrado la verdadera felicidad... Yo no tengo importancia, sólo Dios”.

Tu mirada confiada entonces nos interroga sobre nuestras seguridades, sobre nuestros planes y proyectos. ¿En qué ponemos nuestra confianza, dónde buscamos la fortaleza, qué haremos cuando no todo salga según lo previsto? Demasiadas veces creemos que en nosotros mismos y en nuestra frenética actividad está la solución a todo, en muy pocas ocasiones volvemos la mirada a Cristo, salvo cuando es nuestro último recurso. Tu indicación es clara: “Dios no exige más que sencillez por fuera y amor por dentro, ¿ves qué fácil? Cuando tenemos complicaciones es porque no vamos a Dios con verdadera confianza en Él”.

Esa es la clave y la respuesta a todo, la confianza en Nuestro Padre. Si creyéramos más en esa confianza los aparentes problemas y dificultades se disolverían hasta casi desaparecer y uniformarse con el resto del camino llano. Entreguemos nuestra voluntad y aceptemos la de Cristo en todo momento, así no habrá errores ni equivocaciones. Tu experiencia así nos lo muestra: “Me he dado cuenta de que lo que yo desee no tiene valor a los ojos de Dios, y que lo mejor es ponerse en sus manos, y nada más”. Algo que le cuesta a nuestros inquietos y jóvenes corazones en un mundo cada vez más acelerado y colmado de experiencias, sensaciones e información. En definitiva, como nuestro buen

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

hermano que eres nos transmites lo único necesario para alcanzar nuestro destino eterno.

Nos insistes, por última vez antes de marchar: escucha al Señor en nuestras adoraciones en medio de la noche y de la quietud silenciosa, entrégale hasta el último anhelo de tu voluntad, acoge lo que te va poniendo delante de cada paso y, ante los temores e incertidumbres, nunca dudes de su ayuda y compañía constante. Nos despedimos hasta el próximo verano Rafael, el fin de semana ha pasado, toca volver a la vida ordinaria. Pondremos en práctica tus consejos de amigo y esperamos retornar el año que viene con un corazón más reverdecido

Juan Carlos Mollejo



Mons. Juan Antonio Martínez Camino, obispo auxiliar de Madrid, acompañó al grupo de Adoración Nocturna en el Valle de los Caídos

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

Un nuevo amigo para mí.

¡Salve María Santísima! Mi nombre es Andressa Rocha, soy una muchacha brasileña de 26 años. Conocí a san Rafael Arnaiz a través de la publicación de sus escritos publicados por “Professio Fidei”. A partir de ahí asistí a varias las conferencias que daban los padres Paulo Ricardo o Eduardo Câmara (su traductor en lengua portuguesa) acerca de su espiritualidad, y confieso que quedé completamente encantada.

Y eso porque desde muy joven siempre tuve ya gran inclinación a la lectura y los estudios, sin embargo, tiempo después, me di cuenta que para llegar al cielo no necesitamos saber y hacer grandes cosas sino solamente amar al buen Dios.

De esta manera me hice muy devota de santa Teresita del Niño Jesús, y cuál no fue mi sorpresa al conocer a san Rafael y encontrar en sus escrito una especie de confirmación para mí de que la simplicidad es mi camino...

Es por eso que me gustaría mucho tenerlo cerca de mí y en la osadía del Espíritu Santo pido que él sea un nuevo amigo para mí.

Confío en vuestras oraciones para mí y mi familia. Cuenten también con las mías, aunque sean de una pobre laica.

Andressa Rocha. Brasil

Una novena internacional a San Rafael

Hola Hermano: mi Dios le pague con el Cielo, en serio muchas gracias...

Entre otras cosas le cuento que organice una novena a San Rafael Arnaiz con 59 jóvenes amigos y durante esos 9 días nos reunimos para hacerla. Deseaba que san Rafael fuera conocido mucho y en muchas partes; en fin había jóvenes de Argentina, Colombia, México... fue súper lindo en realidad. Rafael fue moldeando nuestro corazón y nos enseñó a hacer la voluntad de Dios y vivir en la santa indiferencia...

Yo soy arquitecto y también por eso lo quiero mucho. Sabe que me ha despertado mucho en mi corazón el poder algún día ir a la Trapa, bueno, será cuando Dios lo quiera...

Le pido que recen, le ayudará mucho a esta alma necesitada de DIOS...

Iván Erazo. Colombia

DONATIVOS

Gracias a todos vosotros, los lectores del Boletín y a los que seguís con entusiasmo la espiritualidad de San Rafael, y especialmente a los que con vuestros donativos hacéis posible esta publicación semestral. Damos a continuación vuestros nombres.

A CORUÑA

Conchita Nieto

ASTURIAS

Gijón: Constantino Hevia

Mieres: M^a Dolores Olabasqueta

Oviedo: Alicia González

BARCELONA

Martorell: Ramón Serra

BURGOS

Hermanas Alonso Lomas

CANARIAS

Tenerife: Carmen García

Concepción Vega

CIUDAD REAL

Puerto Llano: José Herreros

CÓRDOBA

Vidal Buenestado

GUADALAJARA

Pilar Vegas

GUIPÚZCOA

S. Sebastián: Antonia Iglesias

Ignacio Gil

Jerónima Glez.

Tolosa: Marisol Aguinagalde

Rita Pueyo

MADRID

Águeda Maestro

Alfredo Perea Pbro.

Hemelina García

M^a José Gómez

Pilar González

Sor Antonia Sanz

Sor Teresa Blanco

Aranjuez: Parroquia de San Rafael

Arnaiz

Coslada: Carmen Arranz

MÁLAGA

Laly Toro

MURCIA

Santomera: Antonio Ballester

NAVARRA

Corella: M^a Mercedes Catalán

PALENCIA

Casilda García

Familia Bueno Conde

María del Carmen Bombí

María Jesús Larma

Venta de Baños: Luis García

PONTEVEDRA

Caldas del Re: Hermanitas

Desamparados

Lalín: Paz Sixto Vega

SALAMANCA

José Luis Diego Núñez

San Martín Castañar: Beatriz

Hernández

SEGOVIA

Adrada del Pirón: Félix Escudero

SEVILLA

Manuel Ruano

TERUEL

Hijar: Josefa Gálvez

VALLADOLID

Anónimo

Jesús Galván

Julio Villamañán Torres

Laguna de Duero: Felicidad Casado,

Fuencisla Vaquerizo

Alaquás: Carmen Palenzuela

Poble de Valbona: Paz Esteban

Sueca: Vicenta López

VIZCAYA

Bilbao: María del Carmen

VALENCIA

Blanca Velasco

Catalina García

ZAMORA

Ana Isabel Alonso

Toro: Manuela Martínez

En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo de la Ley de Prensa e Imprenta, hacemos constar que las personas y órganos rectores de la presente publicación son los que figuran a continuación, de acuerdo con la correspondiente inscripción en el Registro de Empresas Periodísticas

Esta publicación no dispone de patrimonio social y su financiación se realiza a cargo de los donativos voluntarios ofrecidos para la Causa que la publicación patrocina, siendo gratuita la distribución de los boletines.

Para los envíos de testimonios, favores, donativos y consecución de reliquias, dirigirse a:

Secretariado de San Rafael Arnaiz Barón.

Abadía Cisterciense

34208 SAN ISIDRO DE DUEÑAS (Palencia)

Si desea enviar su donativo mediante transferencia o ingreso en cuenta Bancaria puede hacerlo en una de las siguientes:

Banco Bilbao-Vizcaya Argentaria (BBVA), Palencia: 0182-0496-66-0000031957

Banco Español de Crédito, Palencia: 0030-6018-13-0850204272

Banco Santander Central Hispano, Palencia: 0049-6740-64-2195023211

También puede enviar su donativo mediante Cheque o Giro Postal.

Desde fuera de España puede hacer llegar su donativo mediante giro postal internacional, cheque bancario o transferencia a la cuenta.

Entidad Bancaria: Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) en Palencia.

IBAN: ES40 0182 0496 6600 0003 1957

BIC: BBVAESMM

Nota.- Al hacer sus ingresos en cuentas bancarias, agradeceríamos que nos envíen fotocopia del justificante ya que el Banco no pasa aviso de ello. Simplemente hace el ingreso, sin detallar nombre y población. Gracias.

Redacción: 34208 San Isidro de Dueñas - Venta de Baños (Palencia)

E-mail: secretariadosanrafael@abadiasanisidro.es

www.abadiasanisidro.es (Hermano Rafael)

DIRECTOR: Hno. JOAQUÍN LÓPEZ SERRA

Con censura y aprobación eclesialística

Suscripción gratuita

Impreme: LIFER Imprenta, S.L.- Palencia / Dep. Legal: P. 38-1966



Icono de San Rafael, obra de P. Óscar Portillo, monje argentino

SAN RAFAEL - 34208 VENTA DE BAÑOS (PALENCIA)

Por favor, indique con una X la causa de la devolución

Dirección inexacta.....	<input type="checkbox"/>
Desconocido.....	<input type="checkbox"/>
Ausente.....	<input type="checkbox"/>
Rehusado.....	<input type="checkbox"/>
Fallecido.....	<input type="checkbox"/>
Cambio domicilio.....	<input type="checkbox"/>

FRANQUEO CONCERTADO 32/23